



LAS TRES VIUDAS





Manuel Ascencio Segura



Las tres viudas

Manuel Ascencio Segura

Manuel Ascencio Segura y Cordero (Lima, 23 de junio de 1805 – Lima, 18 de octubre de 1871) fue un escritor y dramaturgo peruano. Uno de los representantes máximos del costumbrismo en el Perú. Es considerado el padre del teatro peruano. Hijo de Juan Segura, teniente del ejército español y de Manuela Cordero. Por consejo de su padre se enrola en el ejército realista como cadete a la edad de 13 años. Años más tarde combate en la Batalla de Ayacucho.

En su carrera literaria rivalizó con otro dramaturgo peruano de gran talla: Felipe Pardo y Aliaga. Lo que se destaca en su obra es que mientras Pardo y Aliaga mostraba sus ideas afines a la aristocracia y la defensa de la colonia española, Segura se orientaba hacia el otro extremo, que era el representar y enriquecer el teatro con voces y arquetipos populares y criollos.

En el diario El comercio, del cual llegó a ser redactor, publicó su primera y única novela titulada *Gonzalo Pizarro*. En 1841, bajo su propia dirección, funda el periódico La bolsa, donde aparecieron varios de sus artículos de costumbres- en 1839 estrenó las obras *Amor y política* y *Sargento Canuto*. *La saya y el manto* en 1842. La primera versión de su obra más conocida, *Ña Catita*, se estrenó en 1845. *Las 3 viudas* se estrena en 1862.

Fallece en 1871. El teatro principal de Lima, en su honor, fue rebautizado con su nombre.

Manuel ascencio segura

Las tres viudas



Las tres viudas
Manuel Ascencio Segura

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

Kelly Patricia Mauricio Camacho
Coordinadora de la Subgerencia de Educación

Alex Winder Alejandro Vargas
Jefe del Programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juarez Zevallos
Selección de textos: María Grecia Rivera Carmona
Corrección de estilo: Manuel Alexander Suyo Martínez, Claudia Daniela Bustamante Bustamante, Katherine Lourdes Ortega Chuquihura, Yesabeth Kelina Muriel Guerrero y María Grecia Rivera Carmona
Diagramación: Leonardo Enrique Collas Alegría, Marlon Renán Cruz Orozco, Ambar Lizbeth Sánchez García, John Martínez Gonzáles.
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por: Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300 - Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa "Lima Lee", apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado Covid-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de interacción social y desarrollo personal; y la cultura

de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección “Lima Lee”, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa “Lima Lee” de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

Acto Primero

ESCENA I

MARTINA, MICAELA

MICAELA.- Basta, por Dios, de sermón, que esto, mamá, no es vivir.

MARTINA.- Vaya pues... ¿con que es decir que yo hablo sin ton ni son? Te oigo, niña, y no lo creo.

MICAELA.- ¡Cansa tanto machacar!

MARTINA.- Pues mira, no te he de dar en la yema del deseo. ¿Te fastidio, no?

MICAELA.- De veras

MARTINA.- Y lo afirmas.

MICAELA.- Ya se ve.

MARTINA.- Me oirás, lo llevo a hincapié, que quieras o que no quieras. (Recio)

MICAELA.- No grite usted.

MARTINA.- ¿Y qué me harás? ¡Te has vuelto muy copetuda!

MICAELA.- Ya soy libre, ya soy viuda.

MARTINA.- ¿Y qué más?.. a ver... qué más?

MICAELA.- Solo por dar a usted gusto, y sin ponerle un «distingo», me uní hace poco con un gringo feo, pobretón y adusto. Me trató como a judío, vida de perros me dio, pero Dios lo recogió por su descanso y el mío. Ya va ser un año por mayo que no lo cubre este techo y que yo tengo el derecho de hacer de mi capa un sayo.

MARTINA.- La noticia es algo fresca.

MICAELA.- Fresca o añeja, mamá, si ahora me caso, será con quien mejor me parezca.

MARTINA.- Veo que ese amor te arrebata.

MICAELA.- El amar no es un delito.

MARTINA.- Se te ha pegado el mocito lo mismo que garrapata. ¡Vaya!... si fuera algún Creso... mas quién es él, mi señora? Un figurón de totora cosido con hilo grueso; un manganzón sin oficio, hambriento, desoletado, anticucho mal formado, muñeco de maleficio.

MICAELA.- Las faltas que usted le imputa lo realzan más a mis ojos.

MARTINA.- ¡Ay que capricho! ¡qué antojos!

MICAELA.- Sobre gustos no hay disputa.

MARTINA.- No hace un año que viuda es, y ¡ya piensa en matrimonio!

MICAELA.- ¡Tentaciones del demonio! Otras se casan al mes.

MARTINA.- Lo que siento es el criterio.

MICAELA.- No se tome usted ese afán; si matara el qué dirán fuera Lima un cementerio.

MARTINA.- Se acabó: si estoy que brinco... Qué diablo! ¡y no se desnuca! Que venga aquí el muca-muca, le diré cuántas son cinco.

MICAELA.- Hará usted mal.

MARTINA.- Haré bien. ¿Soy acaso tu estropajo?

MICAELA.- Hable, usted mamá, más bajo.

MARTINA.- ¿Y a mí quién me manda, quién? ¡Pues no faltaba más que esto!

MICAELA.- ¡Parece usted negra criolla!

MARTINA.- La sartén le dice a la olla...

MICAELA.- ¿Gritona yo?

MARTINA.- Por supuesto.

MICAELA.- Será así.

MARTINA.- Mira, Miquita, dejémonos de teorías: ya nadie sufre ocho días un marido de rosita. Y lo digo aunque te pique, y aunque te dé un patatús; tu novio se encuentra a flus y a tres dobles y un repique. ¿Qué hará, pues, sin nada suyo, sin ejercicio y sin blanca? Clara está, montarse al anca de algún galancete tuyo.

MICAELA.- Si cuando almuerza no cena, si está como ánima en pena.

MICAELA.- Sarna con gusto no pica.

MARTINA.- Quien de esa argolla se agarra, tiene al pecho un crucifijo.

MICAELA.- Pues fue un sabio quien lo dijo.

MARTINA.- Otra cosa es con guitarra.

MICAELA.- En fin, sea o no locura, yo lo quiero y Santas Pascuas.

MARTINA.- Después te verás en ascuas, que amor con hambre no dura.

MICAELA.- Basta, pues, no me impaciente, y haga hoy mismo un disparate.

MARTINA.- ¡Oiga, qué tal chocolate!

MICAELA.- Calle usted, que viene gente.

ESCENA II

DICHOS, DON MELITÓN

MELITÓN.- Santos y felices días.

MARTINA.- Oh, señor don Melitón, venga usted.

MELITÓN.- ¿Y cómo va?

MARTINA.- Ahí tirando.

MELITÓN.- No es lo peor, más cuenta con tirar tanto, no se parta el hilo en dos.

MARTINA.- Dios no lo quiera.

MELITÓN.- Así sea.

MARTINA.- No lo esperaba a Ud. hoy.

MELITÓN.- Al grano, doña Martina: ¿Y aquello se concluyó?

MARTINA.- ¿Qué dirá usted? No he tenido todavía proporción de hablarla ni...

MELITÓN.- Bueno, bueno, pues entonces lo haré yo, Miquita escúcheme usted.

MICAELA.- Con mil gustos.

MELITÓN.- Pues señor, mi carátula descubre desde a legua lo que soy, y si se juzga por ella, tengo más lacras que Job; sin embargo, aún siento fuerzas, sea dicho acá entre nos, para no irme al otro barrio soltero y sin sucesión.

MICAELA.- Lo juzgo piadosamente.

MELITÓN.- Si sufro o no sufro error, eso se verá después. Prosigo mi narración; confieso que el invierno suele atacarme la tos, pero con goma y linazas me pongo en disposición de ir a pie de aquí al Callao, en media hora por reló.

MICAELA.- Pero...

MELITÓN.- Tengo la palabra: perdone usted, que allá voy. Yo a ninguno necesito ni adulo, gracias a Dios, porque mis bienes me bastan para vivir como un *lord*, tengo diez casas realengas, seis chacras y un callejón y algo también

de contantibus, por si hay un lance de honor. Pues todo es de usted, Miquita, se lo cedo, se lo doy si consiente en ser mi esposa: está el punto de discusión.

MICAELA.- Don Melitón, la propuesta me hace un inmenso favor; pero no la acepto, claro, esta es mi contestación.

MELITÓN.- Bien lacónica, por cierto.

MICAELA.- Pero al buen entendedor, con pocas palabras...

MARTINA.- ¡Niña!

MELITÓN.- Perdimos, no hay remisión; (A Martina) probablemente otro gallo le canta el cocorocó (A Micaela) Vida mía, nada he dicho. Siempre de usted.

MARTINA.- Esta niña no habla con su corazón; nunca da el sí una muchacha sin decir antes que no.

MELITÓN.- Ni afloja ese no tampoco, así, tan de sopetón. En fin, no se hable más de esto.

MARTINA.- Pero como...

MELITÓN.- Se acabó. Santo que pasó su día, Doña Martina al rincón.

MICAELA.- Me retiro, usted dispense. (A don Melitón)

MELITÓN.- Vaya usted, mi alma con Dios, y viva en la inteligencia que no le guardo rencor.

ESCENA III

MELITÓN Y MARTINA

MARTINA.- ¡Qué locura de muchacha!

MELITÓN.- No hay tu tía me pujo; las calabazas son frescas y hoy me sofoca el calor.

MARTINA.- No pierda usted la esperanza.

MELITÓN.- Solo Judas la perdió. Mas sabe usted lo que espero, ¡y alcanzaré, voto a bríos! que Dios me devuelva el juicio y me dé su salvación.

MARTINA.- ¿Es decir que está usted loco?

MELITÓN.- Lo estuve, si no lo estoy, porque el que cree que una niña con más gracias que el amor, más olorosa que un suche y que ayer nomás vio el sol, admita gustosa un novio bautizado el año dos, o es de canasta y palito o ha perdido la razón.

MARTINA.- La gota cava la piedra, dice tan adagio español, y muchos amenes...

MELITÓN.- Nada insistió en que se acabó.

MARTINA.- ¡Ay qué violento es usted!

MELITÓN.- ¡Que idea, Dios de Jacob! Al negocio... Así a lo menos podré ser su protector. Oiga Ud, doña Martina, y al darme contestación no gaste muchos melindres.

MARTINA.- Para melindres estoy.

MELITÓN.- ¿Quiere usted ser mi mujer?

MARTINA.- ¿Su mujer? ¡Cómo! ¿Quién? Yo...

MELITÓN.- La misma que viste y calza, Usted cabal.

MARTINA.- ¡Santo Dios! Yo su mujer.

MELITÓN.- *Verbis claris*: ¿pasa o no la indicación? Responda usted.

MARTINA.- ¿Qué me pasa?

MELITÓN.- ¿Qué no pasa? Pues alón, que no faltara por ahí quién se haga de este agallón.

MARTINA.- ¡Jesús, qué loco! Oiga usted, ¿he dicho acaso que no?

MELITÓN.- ¿Consiente usted?

MARTINA.- ¡Ay qué apuro!

MELITÓN.- ¡Alguno llega! Chitón.

MARTINA.- Qué impertinencia... a estas horas...

MELITÓN.- Mujer, es por el olor.

ESCENA IV

DICHOS Y CLARITA

CLARA.- ¿No hay gente en casa?

MARTINA.- ¡Oh Clarita! (Importuna)

CLARA.- Al fin te encuentro (Abrazándola) ¿Cómo estás?

MARTINA.- Buena.

CLARA.- ¿Y Miquita, por dónde anda?

MARTINA.- ¡Por adentro!

CLARA.- Caballero... (Haciéndole una reverencia a don Melitón)

MELITÓN.- Soy de usted.

CLARA.- (a Martina aparte) ¿Y quién es éste?

MARTINA.- Un amigo.

CLARA.- ¿Saldrá Miquita?

MARTINA.- No sé; adentro está, ¿no te digo? ¿Por qué no entras?

CLARA.- Voy allá. Con permiso... (A don Melitón con coquetería)

MELITÓN.- Usted lo tiene (Fijándole la vista hasta que sale)

MARTINA.- (aparte) ¡Si la vista se le va!

CLARA.- (aparte) Que lo hable hoy mismo, conviene. (Yéndose)

ESCENA V

DOÑA MARTINA. DON MELITÓN

MELITÓN.- Es fachosa.

MARTINA.- Con lo ajeno. ¿Le gusta a usted?

MELITÓN.- A mí no. No obstante, lo bueno es lo bueno.

MARTINA.- (¿Qué tal? ¿No lo dije yo?)

MELITÓN.- Su trato parece fino, y tiene...

MARTINA.- Bastante ropa.

MELITÓN.- Como dijera un marino, buena proa y buena popa.

MARTINA.- ¡Jesús! qué instintos tan malos!

MELITÓN.- Por cierto que no es mal fundo.

MARTINA.- Bien dicen que hay en el mundo gustos que merecen palos.

MELITÓN.- ¿Y esta es casada o doncella?

MARTINA.- Es viuda.

MELITÓN.- ¿Y en dónde vive?

MARTINA.- No sé, pregúntaselo a ella.

MELITÓN.- Si no le hablo.

MARTINA.- Se le escribe.

MELITÓN.- ¡Qué cosa!

MARTINA.- El que quiere...

MELITÓN.- ¡Cómo! Celos tenemos.

MARTINA.- ¿Yo celos? ¿Y con quién? Ni por asomo.

MELITÓN.- Esto va teniendo pelos.

MARTINA.- Con que… escríbale usted pues.

MELITÓN.- Verá usted en lo que para.

MARTINA.- No tema, que es gallo inglés que a todos les hace cara.

MELITÓN.- Y que tenga o no esa vida ¿a mi qué me va ni viene?

MARTINA.- La que malas mañas tiene, tarde o nunca las olvida.

MELITÓN.- No me agradan esas pullas.

MARTINA.- No le agradan... me hago cargo.

MELITÓN.- Si anda usted con muchas bullas, doy media vuelta y me largo.

MARTINA.- ¿Y por qué? ¿Qué es lo que ha habido? (Con tono afectuoso)

MELITÓN.- Doña Martina, pian, piano; vea usted que ya he torcido la esquina de Bejarano, y que si en amores caben a los quince esas tontunas, a los sesenta no saben sino a chancaca en ayunas. He dicho... (En ademán de irse).

MARTINA.- ¿A dónde va usted?

MELITÓN.- Repase usted la lección, que muy pronto volveré.

MARTINA.- Vaya si es un borbollón.

MELITÓN.- ¡No asamos y ya pringamos! (Yéndose)

ESCENA VI

DOÑA MARTINA, SOLA

El genio va y la figura
con una a la sepultura,
lo dijo no sé que autor.
Por lo demás, yo no creo
que peca tan gravemente,
porque dice lo que siente
sin rodeos ni temor.
Cuando se propale en Lima
que me hace la corte un rico,
¡ay! que torcidos de hocico
las muchachas me darán;
y deseando en sus adentros
arrebatarme la polla,
ya las oigo, a la cebolla
las más me compararán.
Tan yuyonasa, tan fea,
exclamarán a mi paso,
¿y qué hombre es quien le hace caso?
nadie más que un zampamplús,
un autómata, un vejete

fastidioso y calavera;
pero si las pretendiera,
fuera entonces el *non plus*.
Que se rían que se mofen,
que me jalen, que me tiren,
que me tuerzan, que me miren,
que me estrujen como ají,
de envidia nomás es todo:
digan, pues, cuanto les plazca,
que así simple, así tarasca,
se cambiarían por mí.
Ya Miquita, por supuesto,
puede casarse mañana
con él que le de la gana,
sin la menor novedad.
Y si se muda de casa,
lo que en verdad dificulto,
mejor, mientras menos bulto
habrá aquí más claridad.
Pero esta Clara, este diablo...
¡y qué ojazos le echó el viejo!
Si ella huele este cortejo,
no lo deja resollar.
Sobre que se despepita
porque le hablen a la oreja;
ya se ve... ¿qué moza o vieja
no tiene el mismo pensar?

Sin embargo, que no busque
conmigo tres pies al gato,
porque va a pagar el pato
como nunca lo creyó.
A cuanto hay estoy resuelta,
si me infiere algún perjuicio,
que, puesta en el precipicio, antes que mi madre, yo.

ESCENA VII

MARTINA, CLARA Y MICAELA

MICAELA.- ¡Oiga! ¿Con qué eso te han dicho? Pues, hija yo nada creo.

CLARA.- En tu salud lo hallarás.

MARTINA.- Que me llamen al momento si vuelve don Melitón. ¿Lo oyes, Miquita? Hasta luego.

CLARA.- Martinita... ningún daño...

ESCENA VIII

MICAELA Y CLARA

MICAELA.- Volvamos a nuestro cuento; y dime, ¿tú lo conoces?

CLARA.- ¿Para qué quieres saberlo? Tú nada crees.

MICAELA.- Cierto, nada, lo he dicho, y no me arrepiento; pero como soy mujer...

CLARA.- Y curiosa...

MICAELA.- No lo niego.

CLARA.- Eva pecó por curiosa, y le hizo al mundo un mal tercio.

MICAELA.- No me muelas la paciencia con semejantes disfuerzos. Habla, si te da la gana, y sino, Clarita, déjalo.

CLARA.- Bueno, pues, ya que lo quieres, te diré sin más rodeos que si lo conozco.

MICAELA.- ¡Ajá!

CLARA.- No vayas a creer por eso que es mi cortejo.

MICAELA.- No... ¡qué!

CLARA.- Pudiera ser.

MICAELA.- Ni lo pienso, pero te pones el parche antes que salga el divieso.

CLARA.- Yo no diré que estoy libre de una pasión, no por cierto, que puede tentarme el diablo, y al fin... soy de carne y hueso; pero en el día, a Dios, gracias, ser viuda siempre deseo, porque tengo para mí, lo digo sin aspavientos, que quien se casa dos veces tiene valor de torero.

MICAELA.- Nadie la ve que la deja. Dejémonos de adefesios.

CLARA.- Pues señor, como te digo, conozco mucho al sujeto de que hacemos referencia, porque a toda hora lo veo en casa de una amiguita con la cual tiene hace tiempo compromisos muy sagrados.

MICAELA.- Ay, hija, ríete de eso: compromisos de esa especie tienen los hombres a cientos.

CLARA.- No adelantes así el juicio, que eso, niña, no está bueno; pues mira... se me asegura que está casado en secreto.

MICAELA.- (aparte) ¿Casado? (alto) Ja Ja Ja Ja...

CLARA.- Lo que sé es lo que te cuento: ni aumento ni disminuyo. Por los demás tú eres dueña de creer lo que te parezca.

MICAELA.- Muy bien.

CLARA.- Lo único que siento es que mis sanos oficios no hayan tenido otro premio, sino que en mi propia cara me hayas dicho tú que miento.

MICAELA.- ¡Qué cándida! vamos; niña, muy delicada te has vuelto! Tienes unos canjilones...

CLARA.- Como todas los tenemos.

MICAELA.- Yo no he dicho que tú mientes no seas tan busca-pleitos, lo que dije es que no creía los rumores sin fundamento.

CLARA.- Así será, pues.

MICAELA.- Así es.

CLARA.- Y no sé cómo me meto en estas cosas.

MICAELA.- ¡Jesús! tú, aflojando la sin hueso, no tienes cuando acabar. Ea, basta de embelecos, y tan amigas como antes. Yo, Clarita, te agradezco la noticia que me has dado, pues con tu conocimiento viviré más prevenida. Dime, por último, ¿es cierto que no se llama Don Pablo?

CLARA.- Así dicen.

MICAELA.- (aparte) ¡Embustero! Si fuera verdad...

CLARA.- Yo siempre lo he tenido por Don Pedro.

MICAELA.- (aparte) (¡Traidor!) (alto) Pero no es posible, repito que no lo creo.

CLARA.- En fin, Miquita, me voy.

MICAELA.- ¿Y por qué te vas tan presto?

CLARA.- Volveré dentro de un rato; y para entonces espero presentarte tales pruebas que me devuelvas el crédito. ¡Él es!

ESCENA IX

DICHOS. DON PABLO

PABLO.- (aparte) ¡Aquí esta mujer!

CLARA.- Adiós, mi vida.

MICAELA.- Hasta luego.

CLARA.- Señor Don Pedro, salud (Recalcando)

PABLO.- ¡Oh, Clarita! Buen encuentro. ¿Se marcha Ud.?

CLARA.- Vuelvo pronto. Hasta la vista, Don Pedro. (Idem)

MICAELA.- (aparte) Cómo le recalca el nombre, ahora todo lo sospecho.

ESCENA X

MIQUITA Y DON PABLO

PABLO.- (aparte) Dios te la depare buena.

MICAELA.- (aparte) ¡Ay qué hombres!

PABLO.- (aparte) ¡Quién dice miedo! estando el toro en la plaza caballo y rejón adentro (alto) Buen día, mi hermosa amiga.

MICAELA.- Dios guarde a usted, señor mío.

PABLO.- ¡Virgen santa qué desvío!

MICAELA.- Ruego a Ud. que no prosiga.

PABLO.- ¡Estoy lelo, estupefacto! ¿No me hará Ud. la merced de decirme…?

MICAELA.- ¡Quite usted, que me daña su contacto!

PABLO.- ¿Qué pasa aquí que no atino? Por Dios, hable usted Miquita, ¿qué delito me concita un desdén tan repentino?

MICAELA.- Usted sabrá…

PABLO.- Pero en suma, ¿Qué he hecho yo?

MICAELA.- No sé

PABLO.- ¡Qué diablo!

MICAELA.- (aparte) ¡Qué bien finge!

PABLO.- ¡A fe de Pablo que esta situación me abruma!

MICAELA.- ¿Se llama usted Pablo? (Con ironía)

PABLO.- ¿Es broma? Y a qué viene...

MICAELA.- Nada, nada.

PABLO.- La pregunta es excusada.

MICAELA.- ¿Con que Pablo?

PABLO.- ¡Toma, toma! ¡Ya caigo! ¡Jajá, jajá! (Se ríe) ¡Qué estupidez es la mía! Permita usted que me ría.

MICAELA.- Ríase usted.

PABLO.- ¡Voto va! Si me parece imposible. Con que usted me juzga un hombre capaz de mudarse el nombre?

MICAELA.- Todo cabe en lo posible.

PABLO.- Son en vano esos artículos, no me dañan un vocablo.

MICAELA.- ¿Con que se llama usted Pablo?

PABLO.- Con todos sus adminículos.

MICAELA.- Pues yo lo he oído a usted llamar Pedro, me parece que hoy.

PABLO.- Pues sí, Pedro Pablo soy tanto en tierra como en el mar.

MICAELA.- (¡Qué oigo!)

PABLO.- ¡Por vida de tantos! ¿Luego usted no lo sabía?

MICAELA.- No por cierto.

PABLO.- Si en un día se celebran los dos santos.

MICAELA.- Dice usted bien.

PABLO.- Así es que unos se llaman Pablo, otros Pedro; y aunque en esto yo no medro, también Pedro Pablo algunos, y en tal balance o vaivén... (aparte) (¡Canario! ni sé lo que hablo). Ya soy Pedro ya soy Pablo ya. Pedro Pablo también.

MICAELA.- (A replicar no me atrevo) Otra cosa me han contado... Dicen que es usted casado...

PABLO.- ¡Deje usted reírme de nuevo! ¡Cuántos crímenes los míos!

MICAELA.- También dijeron de Cristo que era un bribón los judíos. ¿Casado, no? ¿Y quién es ella? ¿Cómo se llama?

MICAELA.- No sé.

PABLO.- ¿Qué? ¿No se lo han dicho a usted? Pues no es tan mala mi estrella. Sé quién es, no me equivoco, quien estos chismes propala... salió de esta misma sala ese demonio hace poco. ¡Y ahora que me acuerdo! Sí, duro estoy hoy como un cedro; por eso me llamo Pedro al despedirse de mí.

MICAELA.- Algo habrá entre ustedes dos que le inspire esa confianza.

PABLO.- Palabras de buena crianza nada más, sábelo Dios. La conocí, ya hace tiempo en casa de una señora, y la embromé un cuarto de hora tan solo por pasatiempo. Pero esta galantería de etiqueta, de elegancia, se le convirtió en sustancia a la muy señora mía. Después la he visto otras veces, y como nada le he dicho habla contra mí, de bicho, quinientas mil candideces. Y me supone casado, y dice que soy un pillo, y hasta que cargo cuchillo y que estoy excomulgado.

MICAELA.- Muy cierto. Usted la buscó.

PABLO.- Cabal. Confiese a usted que hice mal, pero enmendé el desacierto. No obstante, cuatro balazos me debían de pagar, por haber ido a gastar mi pólvora en gallinazos.

MICAELA.- Eso no, que es buena moza.

PABLO. No, por Dios, no diga usted eso. ¡Buena moza! Si es un hueso.

MICAELA.- Pues es la fama que goza.

PABLO.- La gozará en algún tambo.

MICAELA.- Decir eso a usted conviene.

PABLO.- ¡Oh no, Miquita, si tiene cara de sol de malambo; ¡y qué pescuezo! Es un bagre con una costra de afeite, y un ojo le llora el aceite y otro le llora vinagre ¡Y aquella nariz que sopla y entona como un soprano! ¡Ay, Miquita! y cada mano no es mano sino manopla!...

MICAELA.- ¡Jesús, mire usted que peca!

PABLO.- Si es fea con efe grande, repárela usted cuando ande; hasta es medio patuleca.

MICAELA.- ¿Eso más? pobre muchacha.

PABLO.- Luego tiene un olorcillo que se mete hasta el gatillo, y que atonta y emborracha.

MICAELA.- Ya es mucha exageración.

PABLO.- Mi labio nunca exagera.

MICAELA.- Quien habla mal de la pera...

PABLO.- No hay regla sin excepción.

MICAELA.- ¿Qué no dirá usted de mí?

PABLO.- ¿De usted? Que es ángel del cielo, que es mi vida, mi consuelo, que la amo con frenesí, y que otro

afán no me agita, ni me anima otro deseo, sino de pronto himeneo corone mi amor, Miquita.

MICAELA.- Dichosa fuera en verdad a ser cierta esa pintura.

PABLO.- Que venga ahora mismo el cura, verá usted si es realidad.

MICAELA.- Tanto hará usted, que lo crea...

PABLO.- Lo que quiero es que esto acabe.

MICAELA.- Y yo también, Dios lo sabe.

PABLO.- Una misma es nuestra idea.

MICAELA.- Si, amigo, pero esta unión no falta a quien no le cuadre.

PABLO.- ¿Quién se opone a ella?

MICAELA.- Mi madre.

PABLO.- ¿La señora? ¡Maldición!

MICAELA.- Que no le quepa a usted duda.

PABLO.- Bien, que se oponga, no importa, pronto este nudo se corta. ¿No es usted libre? ¿No es viuda?

MICAELA.- Así es, pero yo quisiera no disgustarla.

PABLO.- Bien hecho. Y que me mate el despecho, que ella viva y que yo muera. ¿Y es este, Miquita, el trato que esperar de usted debía? ¡Dios santo, y yo que la creía! Vamos, soy un mentecato.

MICAELA.- Sea usted, por Dios, más cuerdo.

PABLO.- En fin, ¿y por qué se opone? ¿Qué causas son las que expone?

MICAELA.- Candideces, no me acuerdo.

PABLO.- ¿Me juzga algún criminal? ¿Tengo algún vicio que asombre? Miquita, yo soy un hombre honrado a carta cabal.

MICAELA.- ¿Quién lo niega?

PABLO.- Todo el mundo se lo podrá a usted decir.

MICAELA.- Yo no intento inquirir.

PABLO.- No soy ningún vagabundo.

MICAELA.- Sosiéguese usted.

PABLO.- Cabales.

MICAELA.- Deje usted: lo arreglaremos.

PABLO.- Me ocurre un medio: apelamos hoy mismo a los tribunales.

MICAELA.- No hable usted tales discantes.

PABLO.- Pues yo me presentaré.

ESCENA XI

DICHOS. DOÑA MARTINA

MARTINA.- Don Pablo, no hay para qué, modere usted esos desplantes.

MICAELA.- (aparte) ¡Mi madre!

PABLO.- (aparte) Me estaba oyendo.

MARTINA.- Todo lo sé... nada teman, pueden ustedes casarse cómo y cuándo les parezca.

MICAELA.- ¡Qué escucho!

PABLO.- ¿Será posible?

MICAELA.- ¿Habla usted, mamá de veras?

MARTINA.- Miquita me explicaré a fin de que me comprendas. Hace poco, lo confieso, que el señor don Pablo no era santo de mi devoción.

PABLO.- ¡Y en mis barbas me lo espeta!

MARTINA.- Pero he variado hija mía completamente de ideas desde que tú desechaste formalmente la propuesta que te hizo de don Melitón.

MICAELA.- ¡Qué zonza! ¡Ya caigo en cuenta!

PABLO.- Señora, ¿y usted quería entregarla a ese babieca?

MARTINA.- Señor don Pablo, una madre naturalmente desea lo mejor para sus hijos.

PABLO.- ¡Sóplate esa berenjena! (aparte)

MARTINA.- Y ese sujeto que usted llama por pifia babieca, si no es un mozo de aquellos que usan bigotes y pera, que comen fruta con guantes y andan como Pedro entre ellas, mantienen una honra sin tacha y es envidiable en su hacienda

PABLO.- Será un santo, no disputo, pero carga un siglo a cuestas.

MARTINA.- No tanto, señor don Pablo.

PABLO.- Pero le andará muy cerca.

MICAELA.- Don Pablo, suplico a usted que no hable de esa manera, Don Melitón no merece que usted ni nadie

lo ofenda. Tiene razón mi mamá: quien lo conoce, lo aprecia.

PABLO.- ¿Qué tal? ¡Con que también usted alza el moño en su defensa! Cásese con él... ¿hay más?

MICAELA.- Si usted lo quiere, es cosa hecha.

MARTINA.- ¡A qué tanto chico pleito!

MICAELA.- ¿Fieros a mí?

MARTINA.- Vamos, cesa, ¿Si tan temprano principias, para más tarde que dejas? Con que ya saben ustedes cásense el día que quieran, que por mí ni entro ni salgo; ni tomo parte en la fiesta. Pero, eso sí, no me culpen del bien o mal que les venga.

PABLO.- ¡Oh, la mejor de las madres! (Por no decir de las viejas) ¡Venga un abrazo! (Abrazándola)

MARTINA.- ¡Despacio! Mire usted que me revienta.

PABLO.- Usted perdone...

MARTINA.- ¡Tan tosco!

PABLO.- Ahora déme usted licencia. Miquita.

MICAELA.- ¡Déjeme usted!

PABLO.- ¿Aún dura la ventolera? Vaya, deme usted la mano.

MICAELA.- Tome usted.

PABLO.- ¡Cómo! ¿La izquierda? Deme usted la otra.

MICAELA.- No, quiero.

MARTINA.- Por Dios, niña, no seas terca. Dale pues la otra.

MICAELA.- Caray.

PABLO.- ¡Oh, felicidad suprema! Permítame usted, ángel mío que imprima mi boca en ella. (la besa)

MICAELA.- Hasta cuándo... (rechazándolo)

PABLO.- ¡Ay que manita! A besos me la comiera.

MARTINA.- Ahora bien, señor don Pablo, ya que ninguno hay de fuera, voy a darles un aviso que a los tres nos interesa.

PABLO.- ¿Y cuál es?

MICAELA.- ¿Mamá, qué cosa?

MARTINA.- Adivinen. ¿No lo aciertan?

MICAELA.- Imposible.

PABLO.- (Qué será)

MARTINA.- Acérquense acá. Pues sepan, que yo me caso también.

PABLO.- (¡Santa Bárbara doncella!)

MICAELA.- ¿Se casa usted?

MARTINA.- Yo me caso.

PABLO.- (Está soñando esta vieja)

MARTINA.- ¿Ya me crees tan insensible que no sienta ni padezca?

MICAELA.- No digo eso pero…

PABLO.- (Este año si no se esconde, la asierran)

MARTINA.- Pues sí, hija mía, me caso, la cosa está ya resuelta.

MICAELA.- Yo creí que era una chanza.

MARTINA.- ¡Ya, como estoy tan decrépita!

MICAELA.- ¿Pero el novio?

MARTINA.- Es un tapado. Sabrás su nombre en la iglesia.

MICAELA.- ¿Si será don Melitón?

MARTINA.- ¡Que curiosa!

PABLO.- ¡Habrá chaveta!

MICAELA.- ¿No es él?

PABLO.- Alguno será.

MARTINA.- Alguien ha de ser, por fuerza.

PABLO.- (Que tendrá perdido el gusto, el olfato y la vergüenza)

MARTINA.- ¿Dime, y Clarita se fue?

MICAELA.- ¿Ahora sale usted con esa? Se fue al instante.

MARTINA.- ¡Demonio!

MICAELA.- ¿Quería usted algo con ella?

MARTINA.- ¿Yo? Nada, no (Apostaría que fue a esperarla a la puerta: ya sabrá su casa, fijo)

MICAELA.- ¿Qué dice?

PABLO.- Creo que reza.

ESCENA XII

DICHOS, DON MELITÓN

MELITÓN.- Le prometí a usted volver, y héteme aquí... No había visto... (Tropezando con don Pablo) La vejez, qué hemos de hacer.

PABLO.- ¿Pero va bien?

MELITÓN.- Pisto a pisto, con un día más que ayer.

MARTINA.- Le presento a usted mi yerno.

MELITÓN.- ¿Cómo?

MARTINA.- Es el novio de mi hija.

PABLO.- Sí, señor.

MELITÓN.- ¡Vete al infierno! En guapo mozo se fija, con razón me mandó a un cuerno.

MICAELA.- ¿A un cuerno? ¡Qué! no, señor.

MELITÓN.- Dispense esté el dicharacho: todo viejo es hablador; salí, digo, por un cacho porque otro obtuvo el favor.

MARTINA.- Pero en ello no hubo engaños.

MELITÓN.- Yo también en su pellejo, aunque me maten a araños le doy carpetazo al viejo, y Dios guarde a usted mil años.

MARTINA.- Yo no apruebo esa doctrina.

MELITÓN.- Pues señor, mucho me alegro, ahora usted doña Martina presénteles a su suegro.

MARTINA.- ¡Calle usted!

PABLO.- ¡Voló la mina!

MICAELA.- ¡Él era!

MELITÓN.- ¿Qué yo me calle? ¡Pues la exigencia no es floja! ¡La basa usted no me falle! ya hago lo que se me antoja en conjunto y en detalle.

MARTINA.- Pero las murmuraciones...

MELITÓN.- Yo no tengo que dar cuenta a nadie de mis acciones. Ni la charla me amedrenta de tontos y murmurones: y en prueba de lo que digo sepa usted Miquita bella y sépalo usted mi amigo, que yo me caso con ella, y ella se casa conmigo.

MARTINA.- Pues ya lo saben.

MELITÓN.- Amén.

MICAELA.- Tengo muchísimo gusto.

MELITÓN. - De usted lo creo muy bien, porque es ingenua, soy justo.

PABLO.- Yo lo celebro también.

MELITÓN.- Hombre en cuanto a eso, lo dudo, dispense usted llaneza; seré si me quiere rudo más no es tanta mi torpeza que me sople en ese embudo.

PABLO.- ¿Pero qué hablar de esta unión?...

MELITÓN.- Quinientos mil despapuchos.

PABLO.- Yo, señor Don Melitón...

MELITÓN.- Y otro tanto hablarán muchos, haciendo de ella irrisión.

MARTINA.- No será la parte sana la que se tome ese afán.

MELITÓN.- Que hablen cuando les dé gana. No hay más: a mí me dirán San Joaquín, y a usted Santa Ana.

MARTINA.- Algún zamarro, algún chulo.

MELITÓN.- Nada se me oculta, nada. Trasluzco hasta el disimulo; más de esta humana ensalada me río, no me atribulo.

PABLO.- Tal conjetura es ajena de quien por juiciosa pasa.

MELITÓN.- Seré un loco, enhorabuena; pero al menos sé en mi casa más que el cuerdo en casa ajena.

PABLO.- Me atribuye usted un manejo...

MELITÓN.- Retrato al mundo en lo que hablo. La verdad, ese es mi espejo. No sabe el diablo por diablo lo que el viejo por ser viejo. Sin embargo ofrezco a usted mi amistad sinceramente (Dándole la mano)

PABLO.- Agradezco la merced. (ap) ¿Si este viejo impertinente me tenderá alguna red?

MELITÓN.- Miquita, usted extrañará que después de aquel trago me case con su mamá... Pero lo hago porque lo hago; el porque ya se sabrá. En fin, sino he conseguido que sea usted, no su madre, quien me llame su marido, seré a lo menos su padre.

MICAELA.- Y respetado y querido.

MELITÓN.- Permítame usted que acoja en mi alma tales deseos.

MARTINA.- Vaya, doblemos esa hoja, y basta de chicoleos.

PABLO.- (Allá va esa bala roja)

ESCENA XIII

DICHOS, UN CRIADO

CRIADO. - El señor don Melitón…

MARTINA.- ¿Qué se le ofrecía a usted?

CRIADO.- Esta carta.

MARTINA.- Aquí no vive.

CRIADO.- Entonces la volveré. Usted dispense.

MELITÓN.- ¡Eh! ¡muchacho! Venga usted.

MARTINA.- ¡Desfachatez!

CRIADO.- ¿Usted me llama?

MELITÓN.- ¿Esa carta?

CRIADO.- Aquí está.

MELITÓN.- Para mi es. ¿Quién se la ha dado?

CRIADO.- Una niña.

MARTINA.- ¿Y dónde vive?

CRIADO.- No sé; me la ha entregado en la puerta.

MARTINA.- (ap) ¡Ese demonio ha de ser!

MELITÓN.- Si ustedes me lo permiten... (reservada) La leeré, (Leyendo para sí)

PABLO.- ¿Qué será esto?

MICAELA.- Una carta, que alguien le escribe.

PABLO.- ¿Qué será esto?

MICAELA.- Una carta, que alguien le escribe,

PABLO.- ¡Pardiez! Usted no para hasta bruja.

MARTINA.- (ap) Toda estoy hecha una hiel.

MELITÓN.- (ap) ¡Es antojo!

MARTINA.- (ap) ¿Se habrá visto. desvergüenza de mujer? ¡Qué daño tan grave me hace!

MELITÓN.- (ap) ¿Confía en mi honor? Iré.

MARTINA.- Conmigo está, no hay cuidado.

MELITÓN.- (ap) ¡Cómo es eso¡ A ella también? Pues iré sobre el demonio. (al criado) Bien está. Márchese usted.

CRIADO.- ¿Y no hay respuesta?

MELITÓN.- Ninguna, yo mismo la llevaré

CRIADO.- Con venía de usted...

MELITÓN.- Adiós.

ESCENA XIV

DICHOS menos EL CRIADO

MELITÓN.- (ap). Será alguna candidez.

MARTINA.- (ap). Disimulemos. Si es ella ahora mismo lo sabré.

MELITÓN.- En fin, me voy.

MARTINA.- ¡Se me puso! ¡Que imprudencia! ¡Catay pues! ¿Tal vez esa carta?

MELITÓN.- No.

MARTINA.- Alguna molestia...

MELITÓN.- ¡Qué! No hay nada de eso. Me marcho porque tengo que ir a ver un amigo en Cocharcas. Me interesa hablar con él.

MARTINA.- Vaya, eso muda de aspecto. Y yo que me figuré que aquella carta...

MELITÓN.- Al contrario, me ha dado sumo placer su contenido. Es de Europa.

MARTINA.- ¡Mire usted!

MELITÓN.- ¡Voto a Luzbel! ¡Qué tenga yo que mentir!...

MARTINA.- Antes de irse, hágame usted el servicio de escucharme dos palabritas o tres.

MELITÓN.- No hay ningún inconveniente, aunque sean dieciséis. Vaya, despache usted pronto.

MARTINA.- Es lo que quisiera hacer en reserva, entre los dos.

MELITÓN.- En sesión secreta, eh?

MARTINA.- El asunto lo requiere.

PABLO.- Si yo estorbo me saldré.

MARTINA.- No, don Pablo, usted no estorba. Si el señor lo tiene a bien, podremos pasar adentro.

MELITÓN.- Vamos allá de una vez. En la tardanza está el riesgo. Al negocio.

MARTINA.- Vamos pues. (a don Pablo) Usted se queda en su casa.

MELITÓN.- (ap). ¿Qué saldrá de este pastel?

ESCENA XV

MIQUITA, DON PABLO

PABLO.- No perdamos tiempo. Adiós, también me marcho.

MICAELA.- ¿Y por qué?

PABLO.- Es necesario, lo exige nuestro común interés. Aquí no se juega limpio, Miquita, sépalo usted. ¿No observa usted esos secretos? ¿No ve usted qué ten con ten? Esta es trampa que nos ponen.

MICAELA.- Aprensión, no puede ser.

PABLO.- No es aprensión, me lo dice mi corazón, que es muy fiel.

MICAELA.- Pero si no hay un motivo...

PABLO.- Ya lo verá usted después. Esta casa va a ser Troya, otra torre de Babel. Se acordará usted de mí.

MICAELA.- Usted se engaña tal vez.

PABLO.- Ese viejo no procede, Miquita, de buena fe. Tiene las de Quico y Caco, es un can, es un furriel. Aquel desaire de marras lo trae cual perro con sed, y su futura mitad anda de acuerdo con él. Pero no le tengo miedo lo verá el Matusalén; conmigo nadie se juega, yo lo sabré contener; y al fin y al cabo, la que amo, cuya belleza es mi Edén, será mía aunque se oponga todo el infierno a la vez.

MICAELA.- Don Pablo...

PABLO.- Nada, Miquita, veremos quien vence a quien. ¿Quieren guerra? Tendrán guerra, pero guerra sin cuartel. Voy, pues, a dar ciertos pasos, a fin de que en este mes se efectúe nuestro enlace.

MICAELA.- Dios lo lleve a usted con bien.

PABLO.- Adiós mi alma. (dándole la mano)

MICAELA.- Adiós, don Pablo.

PABLO.- (ap) Trampa adelante es mi ley.

ESCENA XVI

MIQUITA, SOLA

Don Pablo dirá verdad;
mas no soy de su opinión.
Yo juzgo a Don Melitón
incapaz de una maldad.
Es un hombre ya de edad,
algo maduro, es muy cierto,
pero noble, franco, abierto,
y además de un no y un sí.
Con todo, algo pasa aquí
que yo a comprender no acierto.
Mi madre en ley y en conciencia
debía apoyar mi enlace,
so pena que si no lo hace
va a perder conveniencia.
No creo que en su experiencia
ella también ande en pos
de hacemos mal a los dos.
Tal idea fuera ruin,
poco racional. En fin,
será lo que quiera Dios.
(Cae el telón)

Acto Segundo

ESCENA I

(saliendo del cuarto de doña Martina)

MELITÓN.- ¡Uf, qué mujer, santa Bárbara!
¡Vaya un carácter diabólico!
¡Si es un grifo, es una víbora!
¡un ser humano sin prójimo!
¡y que lengua, voto al chápiro!
si me he salido de aquí atónito
de oir las pullas y las sátiras
que arroja por ese exófago.
La virtud para ella es fábula,
Pues con arreglo a su horóscopo,
toda mujer es impúdica
y todo hombre un antropófago.
Celosa está como un árabe,
y es capaz de una de pópulo
si no le muestro la epístola
que me trajo aquel acólito.
¿Qué yo se la muestre? ¡Cáscaras!
no crea que soy tan neófito.
¿Y yo voy a ser el cónyuge
de semejante hipopótamo?

La idea solo en hipótesis
me da dolores de estomago.
Y si al fin y al postre el párroco
me juntase a ese fenómeno
o me daba un apoplético
o reventaba de un cólico.
Que otro se trague esa píldora...
me haré yo tal despropósito.
El buey solo... Pero, ¡cáspita!
¿Y el plan que tengo incógnito?
¡Qué importa! Tengo otro cálculo
cuyo fin será más próspero.
Vamos, pues...

ESCENA II

DON MELITÓN Y DOÑA MARTINA

MARTINA.- ¡Don MELITÓN! ¡Oiga usted! ¿Dónde va?

MELITÓN.- ¿Mandaba usted algo, señora?

MARTINA.- ¡Ay Jesús! ¡Qué seriedad!

MELITÓN.- Dejémonos de simplezas, no más bromas, basta ya; harto la he sufrido a usted. Tengamos la fiesta en paz.

MARTINA.- Pero vaya... ¿en qué quedamos? No me puede usted mostrar esa cartita?...

MELITÓN.- No puedo.

MARTINA.- ¿No puede usted? Bien está Déle usted gusto a esa puerca.

MELITÓN.- Ya le he dicho a usted lo que hay.

MARTINA.- Tan fea, con esa cara que parece un gavilán.

MELITÓN.- ¡Señora!

MARTINA.- ¿Le duele a usted? Pues la pura verdad. Muy puerca, si muy acochina, y además muy tal por cual.

MELITÓN.- ¡Con una legión de diablos! no sea usted tan mordaz! Calle usted, no me violente.

MARTINA.- ¿Y qué? ¿Me va usted a azotar?

MELITÓN.- ¡Voto a mí alma! Adiós, señora.

MARTINA.- Téngase usted, no se irá.

MELITÓN.- ¿No me iré?

MARTINA.- Digo que no.

MELITÓN.- Y yo que sí, ¡pese a tal! Y, sí fuese necesario, por no verla a usted jamás me iré con trastes y todo a residir en Tetuán

MARTINA.- Y lo hará como lo dice. (ap)

MELITÓN.- ¡Vaya! ¡no faltaba más!

MARTINA.- Don Melitón, oiga usted...

MELITÓN.- Permítame usted marchar.

MARTINA.- Sosiéguese usted, por Dios, no le dé una enfermedad... Basta pues... Ya se acabó.

MELITÓN.- Pues no era malo el zarzal en que me iba yo a meter.

MARTINA.- Don Melitón, por piedad, óigame usted.

MELITÓN.- Vamos hable.

MARTINA.- Confieso a usted que he hecho mal, lo reconozco.

MELITÓN. Abusa usted, señora, de mi bondad.

MARTINA.- Cierto, tiene usted razón cualquiera se le dará; pero perdóneme usted, el mucho amor me ha hecho errar. ¡Lo amo a usted tanto...!

MELITÓN.- ¡Demontre! ¿Tanto amor de cuándo acá?

MARTINA.- ¡Ingrato!

MELITÓN.- ¡Estas sí que es buena!

MARTINA. No me cree...

MELITÓN.- ¡Miren qué afán! Pero si usted no me ha criado ni me ha dado de mamar, ¿cómo he podido en su pecho armar esa tempestad?

MARTINA.- No se burle usted de mi, téngame lástima...

MELITÓN.- ¡Bah! Si fuera yo un mozo, vamos, la creería a usted quizá, porque amor de vieja a un mozo no es amor, es huracán. ¡Pero viejo, y pelo a pelo! Esa no entra en mi costal. Por cuanto vos contribuisteis ¿se quiere aun viejo no más?

MARTINA.- Me ofende usted.

MELITÓN.- ¡No hay tal cosa! yo de eso soy incapaz A nadie he ofendido nunca; lo que he hecho siempre es llamar pan al pan y vino al vino sin rodeos ni disfraz.

MARTINA.- Don Melitón, se conoce que usted nunca supo amar.

MELITÓN.- ¿Así le parece a usted? Pues bien, seré un pedernal, y usted un horno, una hoguera, una fogata, un volcán; aunque, hablando a usted en oro esto es, con ingenuidad, yo creía que usted en amores se hallaba a la fecha ya jubilada, con sueldo íntegro, o en lengua más usual, como los músicos viejo, llevando solo el compás.

MARTINA.- Usted dirá lo que quiera, pero en mi no hay falsedad.

MELITÓN.- ¿Con que ama usted?

MARTINA.- Y mucho.

MELITÓN.- ¿Por mi mérito?

MARTINA.- Cabal.

MELITÓN.- En ese mismo concepto. Me iba con usted a casar.

MARTINA.- ¿Y qué, ya no lo hace usted?

MELITÓN.- No, porque tengo otro plan.

MARTINA.- ¡Dios mío!

MELITÓN.- ¿Le duele usted algo?

MARTINA.- ¡Soy la mujer mas fatal! ¡engañarme de esta suerte!

MELITÓN.- ¡Mojigangas a mi edad!

MARTINA.- ¡Hay señor! Nunca creí... ¡Me pareció tan formal! (haciendo que llora)

MELITÓN.- Vamos... no pierda usted el tiempo suponiéndome un rapaz. Omita esas morisquetas, que no puedo ver llorar, aunque sea en bufonada.

MARTINA.- Bueno pues, (ap) Ahora verá haga usted en fin lo que guste.

MELITÓN.- Se entiende que así será.

MARTINA.- Me abandona usted por otra.

MELITÓN.- Falta usted a la verdad.

MARTINA.- Por mi hija no más lo siento, pero Dios la amparará ¡Pobrecita!

MELITÓN.- ¿Y yo que le hago? ¿Le doy opio a su galán? ¿Le digo que no se case? ¿Le tuerzo su voluntad?

MARTINA.- ¡Ay, señor Don Melitón! Pero su novio es un truhán, y de repente le pega y se le manda a mudar

MELITÓN.- ¿Y qué tengo yo con eso? ¿Soy vicario o juez de paz?

MARTINA.- No, señor Don Melitón; pero el paso que usted da le quita a esa criatura el apoyo paternal... Mucho cuento es que haya en casa un hombre a quien respetar. Yo soy una pobre viuda... a mi, ¿qué caso me harán?

MELITÓN.- ¿No se casan por su gusto? Que ellos se avengan allá.

MARTINA.- Al fin soy madre, y aunque ella ciega por ese haragán, desoyendo mis consejos se va con el a casar ¿el día que la maltrate, quién, si no yo la verá? Ay, señor Don Melitón; póngase usted en mi lugar; compadezca usted a esa niña... hágalo por caridad.

MELITÓN.- (ap) ¡Diantre de mujer! O es bruja, o es el mismo Satanás.

MARTINA.- (ap) ¿Titubea? Ya cayó.

MELITÓN.- (ap) y dice bien, voto a San! Pues señor... (me dio en la noble) Si usted palabra me da de no armar más pelotea, las cosas se compondrán.

MARTINA.- Lo juraré si usted quiere.

MELITÓN.- No señor, no quiero tal; que hoy se jura y se perjura con igual facilidad. Con su palabra me basta.

MARTINA.- En todo seré puntual, haré lo que usted me mande.

MELITÓN.- Cuente usted con mi amistad.

MARTINA.- ¿Nada más, Don Melitón?

MELITÓN.- Después vendrá lo demás y si en tanto clavo el pico, ustedes me heredarán. Lo dicho, dicho. Hasta luego (Vase)

ESCENA III

DOÑA MARTINA, SOLA

¡Anda, pobre colegial!
Tu piensas que sabes mucho,
y estás en el beaene-ba.
Ya sé el pie de que cojeas,
ya no te me escaparás.
Pero existe aquí un misterio
que es preciso averiguar.
Si esta enamorado de una,
por qué donde la otra va?
¡Qué sé yo! O este hombre es loco,
o hace gala de inmoral.
Sea, por fin, lo que fuere,
yo por nada vuelvo atrás.
Si no se casa conmigo,
con nadie se casará.
¡Que siga, pues, el enredo,
a ver dónde va a parar!
¡Juana! Busquemos la venta
hasta que se encuentre...
¡Juana! ¡Muchacha!

JUANA.- (dentro) ¡Voy señorita!

MARTINA.- En esto no arriesgo nada.

ESCENA IV

DOÑA MARTINA Y JUANA

JUANA - ¿Usted me llamaba?

MARTINA.- Escucha. ¿Tú sabes dónde es la casa de Clarita?

JUANA.- Demás niña.

MARTINA – ¿Ya sabes quién?

JUANA.- (¡Que machaca!) ¡La que estuvo aquí hace poco!

MARTINA.- La misma. Pues oye, Juana. Anda y di de mi parte que no se enoje, y que me haga el servicio de prestarme su Antonieta.

JUANA.- Bueno.

MARTINA.- Marcha. Si tiene el molde, mejor.

JUANA.- Permítame usted que vaya a traer mi pañuelo.

MARTINA.- Corre.

ESCENA V

DOÑA MARTINA. SOLA.

Sí ha ido allá cae en la trampa;
y entonces, de fijo, es ella
la que le ha escrito esa carta.
Don Melitón, ya veremos
el que tiene más agallas.
Ya vuelve Juana.

ESCENA VI

DICHA Y JUANA

JUANA.- Estoy lista. ¿Con qué me voy?

MARTINA.- Mira Juana, atiende a lo que te digo. Fíjate bien y repara si está allí don Melitón, qué es lo que hace, y con quién habla. ¡Cuidado como te olvides! Cuento con tu perspicacia.

JUANA.- Muy bien niña

ESCENA VII

DICHAS Y CLARITA

CLARA.- ¡Martinita!

MARTINA.- ¡Ella! retírate Juana... más no... espera.

CLARA.- Dos visitas van hoy, y el que debe paga.

MARTINA.- Como no aunque sean mil, a puntual nadie me gana.

CLARA.- Mucho de eso se conoce. ¿Y Miquita está ocupada?

MARTINA.- Creo que no.

CLARA.- ¿No ha salido?

MARTINA.- Adentro está. Mira Juana, ve al instante, y a la niña que venga, que aquí la aguardan.

CLARA.- No la molestes.

MARTINA.- ¡Qué no! Antes tendrá gusto.

CLARA.- Gracias.

ESCENA VIII

DICHAS menos JUANA

MARTINA.- (ap) Conviene hacerle cariño.

CLARA.- (ap) ¡A quién no engañan tus patas!

MARTINA.- Pensaba en ti, casualmente cuando entraste en esta sala.

CLARA.- ¿Pensabas en mí? ¿Y por qué?

MARTINA.- Iba a mandar a tu casa para darte una molestia.

CLARA.- ¿A mi tú? No seas cándida ¡Qué molestia! No me digas... me harás poner colorada.

MARTINA.- Quería que me prestases tu Antonieta.

CLARA.- ¡Vaya, vaya! ¿Y esa es la molestia?

MARTINA.- Sí.

CLARA.- Pues de esas vengan a cargas. Luego te la mandaré.

MARTINA.- Cuando puedas.

CLARA.- Tengo varias. ¿La quieres con blondas?

MARTINA.- No, ya tanto adorno me cansa.

CLARA.- Tengo otra también con pomos; si te gusta...

MARTINA.- La más llana. Pero no, mándame el molde, que para lo que es me basta.

CLARA.- Como quieras, ya tú sabes que cuanto es mío...

MARTINA.- Mil gracias.

CLARA.- Con franqueza.

MARTINA.- Así lo creo.

CLARA.- Buena voluntad no falta.

ESCENA IX

DICHAS Y JUANA

JUANA.- La señorita Miquita dice, que siente en el alma no poder hablar con nadie porque se encuentra en la cama con una fuerte jaqueca, que se sirvan dispensarla.

MARTINA.- Válgame Dios.

CLARA.- ¿Le dijiste que era yo quien la esperaba?

JUANA.- Sí, señorita.

CLARA.- Está bien.

JUANA.- ¿Se ofrece otra cosa?

MARTINA.- Nada.

ESCENA X

DICHAS menos JUANA

CLARA.- (ap) ¡Hola, Miquita, me das con las puertas en la cara! ya te pesará después.

MARTINA.- Yo la hacía levantada. Te digo que esta jaqueca la tiene entumida, flaca, no le deja día bueno.

CLARA.- ¡Mire usted, pues es desgracia!

MARTINA.- Hasta el color lo ha perdido.

CLARA.- ¿Qué me dices? ¡Ay, que lástima! tan buen color que tenia.

MARTINA.- Tú lo has visto, era tan blanca que daba envidia su cutis.

CLARA.- (ap) Su plata que le costaba.

MARTINA.- Y como sabes, jamás se pintó ni puso chapas.

CLARA.- Pues Martinita, me voy.

MARTINA.- ¿Te vas?

CLARA.- Cuando esté aliviada Miquita, daré la vuelta, tengo precisión de hablarla, ella sabe sobre qué.

MARTINA.- Si no es cosa reservada y si tú quieres Clarita yo puedo decirle…

CLARA.- Gracias, es asunto entre las dos. Después, a ella si le cuadra, te lo contará, me marcho.

MARTINA.- ¡Jesús, niña y qué apurada! Descansa un momento. Escucha, y dispensa confianza.

CLARA.- ¿Dispensas? Al arzobispo.

MARTINA.- Tiempo hace que tengo ganas de hacerte preguntita.

CLARA.- Cuantas quieras, vamos, habla.

MARTINA. - ¿Conoces a ese sujeto que estaba aquí esta mañana?

CLARA.- ¿Al que vi hablando contigo o a ese mozo faramalla que entró luego a ver a tu hija?

MARTINA.- Al que conmigo se hallaba.

CLARA.- Ni en misa lo he visto nunca. Sin embargo, por su traza se me figuró un buen hombre.

MARTINA.- Así es como uno se engaña. Pues no, mi madre; es un viejo inmoral y rasca-rabias, intrigante, cicatero, un Cupido, aunque con canas, y de una lengua, hija mía, cortante como navaja.

CLARA.- ¿Y que sea el mismo diablo, a mí qué me importa?

MARTINA.- Nada.

CLARA.- Pues ya se ve... Y vamos a esto: no me dirás porque causa me has hecho a mi esa pregunta?

MARTINA.- Mi intención no ha sido mala: te diré lo que hay, Clarita. Una pariente cercana a quien corteja ese viejo, y a quien ha dado palabra de casamiento...

CLARA.- ¡Qué cosa!

MARTINA.- Si es peor que un tambor de guardia.

CLARA.- ¡Ay! Jesús, María y José.

MARTINA.- (ap) ¡Pues así no te pesara! Como digo... mi parienta que precia de ser muy cauta; pero que, mujer al fin, le tiene apego a la alhaja, me ha encargado que averigüe con todas mis camaradas, qué laya de hombre es su novio.

CLARA.- Dí... ¿tu parienta es forana?

MARTINA.- ¿Y a qué viene eso, Clarita?

CLARA.- Como usa esas antiguallas...

MARTINA.- Pues es muy limeña.

CLARA.- ¡Ya! Será de antes de la patria, porque hoy nadie suelta el pájaro teniéndolo ya en la jaula. Gato, niña, el que posee: dile que no sea cándida.

MARTINA.- Consta, pues, de mis noticias, que el hombre tiene las gracias que te acabo de contar, y qué sé yo qué otras tantas; pero como pueden ser falsas o exageradas, me tomé la libertad de dirigirme mi instancia, creyendo que tú tal vez tuvieses otras contrarias.

CLARA.- Pues nunca jamás lo be visto, ni sé de su vida nada; pero aunque supiese que es un chuncho de

la montaña que roba y que come gente, no diría una palabra, porque, hija, de estos servicios ruindades nomás se sacan. Me voy, no me embromes más.

MARTINA.- Otro momentito... ¡Juana! ¡Juana!

ESCENA XI

DICHOS, JUANA

JUANA.- Aquí estoy, señorita.

MARTINA.- Mira, con esta muchacha remíteme la Antonieta.

CLARA.- No... que se quede.

MARTINA.- ¡Que vaya!

CLARA.- Deja, yo la mandaré. Tengo que ir hasta la plaza, y está hará falta.

MARTINA.- Ninguna, que te acompañe, anda Juana.

CLARA.- Que venga, pues tú lo quieres.

MARTINA.- Tal vez no habrá quien la traiga.

CLARA.- Adiós, pues, no olvide...

CLARA.- Anda, muchacha. (ap) Cuando tú vas, ya yo he vuelto.

MARTINA.- (ap) Por hoy no lo hablas tan ainas.

ESCENA XII

MARTINA, SOLA

Esto encierra algún intríngulis.
Tan imprevista visita,
no hay remedio, necesita
alguna masticación.
Porque ese cambio simpático
que yo noté en sus miradas,
furtivas y apasionadas,
no fue una mera aprensión.
Vamos ahora, ¿y de qué cálamo
ha salido aquella carta
que me ha obligado a que parta
tan de improviso contra él?
Pues si no es suya esa cábala,
en verdad que no adivino
de donde ni cómo vino
ese maldito papel.
A ver qué dice la fámula;
esperemos un poquito...
Quién sabe si en el garlito
ha caído a esta fecha ya.

¡Pero cuándo! No es tan cándida
que no tenga el expediente
cubierto perfectamente
tanto aquí como acullá.
Pues, señor, todos mis bártulos
se los va llevando Judas;
si antes tuve algunas dudas,
ahora tengo muchas más.
Pero sigamos la máxima
que la experiencia aconseja,
y que me dice a la oreja:
piensa mal y acertarás.

ESCENA XIII

DOÑA MARTINA Y MIQUITA

MICAELA.- ¿Se fue, mamá, esa mujer?

MARTINA.- ¡Cómo! ¿Qué te ha levantado? ¿y la jaqueca?

MICAELA.- Pasó, no ha sido nada más que un amago.

MARINA.- Mucho ha sentido Clarita irse sin haberte hablado.

MICAELA.- Lo creo sin que lo jure, yo por darle ese mal rato me fingí con la jaqueca.

MARTINA - ¿Qué es lo que dices? Te ha hecho algo.

MICAELA.- Nada, no; pero sus chismes me fastidian, me dan asco.

MARTINA.- Cuéntame Miquita, cuéntame, que deseo estar al cabo de todos esos enredos.

MICAELA.- Verdad que lo son.

MARTINA.- ¿Qué hay, vamos?

MICAELA.- Simplezas, habladurías...

MARTINA.- Explícate hija mía más claro.

MICAELA.- No sé cómo esa mujer ha sabido que me caso; pero ello es que desde entonces se ha tomado al novio a cargo, y anda como un reguilete nada más que averiguando, por cuanta casa hay en Lima toda su vida y milagros. Hoy trajo no sé qué cuentos, mas como yo no hice caso me ofreció que volvería provista con otros tantos a fin de que la creyera.

MARTINA.- ¡Oiga! Pues se fue rabiando porque no te pudo hablar.

MICAELA.- ¡Pobre! Tendrá dos trabajos. ¿Y sabe usted porqué es todo? porque una ocasión, don Pablo le dijo unas cuantas bromas solo por pasar el rato, y corno después no le ha hecho esos mismos arrumacos está contra él que echa chispas.

MARTINA.- ¡Jesús, qué enemigo malo! Pero en fin, todos sus chismes te los cuenta sin empacho, y a mí, como lima sorda, me muerde y hace pedazos.

MICAELA.- ¿A usted también?

MARTINA.- ¡Ay, Miquita! si conmigo es ese diablo candela de muladar que arde y quema por debajo. Voy a contártelo todo, porque reviento si no hablo. Cuando te negaste tú, con el acierto de un sabio, a unirte a don Melitón, lo que apruebo y lo que aplaudo porque solo el interés me podía haber cegado al extremo de desear casarte con ese anciano, éste, que sabe del mundo todos los altos y bajos, conoció que la mujer que convenía a sus años era yo y en tal concepto me ofrece al punto su mano. Cuando vino aquí Clarita Don Melitón y yo hablábamos sobre este mismo negocio, pero, hija, cosa del diablo, al encontrarse ella y él uno al otro se miraron pero con cierto modito tan fino y amartelado, que al instante conocí que el golpe había sido mágico.

MICAELA.- ¡Qué tal! luego fue por eso que cuando ella entró a mi cuarto, me preguntó por su nombre, si era soltero o casado, y en dónde vivía...

MARTINA. - ¡Tate! Pues él hizo, hija, otro tanto. No sabes que se me pone que son antiguos pachacos y que ha tiempo no se ven.

MICAELA.- Puede ser, no fuera raro.

MARTINA.- ¿Y tú le darías razón?

MICAELA.- De todo cuanto ha pasado.

MARTINA.- Mal hecho.

MICAELA.- ¿Yo qué sabía?

MARTINA.- Así es, pues vamos al caso, desde entonces está el hombre, unas veces, cabizbajo lo mismo que un pato tonto, y otras como un condenado. ¿Te acuerdas de aquella carta que aquí le entregó un muchacho?

MICAELA.- Sí, cómo no.

MARTINA.- Pues fue de ella.

MICAELA.- ¿Y qué le decía?

MARTINA.- ¿Acaso me la ha querido mostrar? No, niña, muy al contrario, la oculta con un misterio que revela su pecado. Y porque le he expuesto yo que tal proceder no es franco, dice que ya no se casa y que soy un abocastro.

MICAELA- ¡Vaya una mujer, Jesús! La cruz le hago como al diablo.

MARTINA.- ¡Qué conveniencia me quita! si es para darle de palos. Porque, hija, hablemos en plata ¿Yo qué tengo? ¿Yo qué valgo? Y el día que a tu marido, que atrapará de antemano los diez mil pesos que tienes en vales consolidados, se le meta el diablo al cuerpo, por

no aguantar sus modajos saldré de aquí de patitas a otra parte a espulgar galgo.

MICAELA. Eso no.

MARTINA.- Déjate de eso. Tus deseos serán santos, lo creo, Dios te lo pague, mas todo eso es paja, es guano; no de chicha, porque entonces nos cantaría otro gallo. Escucha, tú sola puedes sacarme de ese pantano.

MICAELA.- ¿Yo, mamá?

MARTINA.- Tú

MICAELA.- ¿Pero cómo?

MARTINA.- El modo es fácil, muy llano. Háblale a don Melitón en mi favor...

MICAELA.- ¡Por nuestro amo! ¡está usted loca!

MARTINA - ¿Y por qué?

MICAELA.- Después de lo que ha pasado...

MARTINA - ¿Y eso qué tiene? Tú has hecho lo que cualquiera en tu caso. El es un hombre juicioso y no ha de haberse enojado. Tú no podías casarte con un viejo

octogenario que por razón de tu edad será achacoso y maniático. No, Miquita, aunque estuviera montado sobre topacios. En cuanto ami..

ESCENA XIV

DICHOS, DON PABLO

PABLO.- (ap) ¡Ya cayó!

MARTINA - ¿Quién viene?

MICAELA.- Nadie, es don Pablo.

MARTINA.- Creí que era gente.

PABLO.- De molde... no hubo escape, lo he pillado en callejón sin salida.

MICAELA.- ¿Quién?

MARTINA.- ¿Qué ocurre, sepamos?

PABLO.- ¡Dónde iba a dar!

MARTINA.- Pero qué hay.

PABLO.- Se presentó voluntario.

MICAELA.- Acabe usted de explicarse, que nos tiene con cuidado.

PABLO.- Ya usted lo ve, si ese viejo es peor que Poncio Pilatos.

MARTINA - ¿Qué viejo?

PABLO.- Veremos ahora, que cuentón tiene fraguado... pero no hay cuento que valga, lo acabo de ver entrando en casa de esa mujer.

MARTINA.- ¿De esa mujer?

MICAELA.- Pero vamos. ¿Quién es él y quién es ella?

PABLO.- Buen hacer no adivinarlo. Ella es ella y él es él.

MARTINA - ¡Buena respuesta!

PABLO.- Más claro: el viejo es don Melitón y la mujer...

MARTINA - ¡Ah! ya caigo.

PABLO.- ¿La Clarita?

MARTINA.- Basta, basta. Así lo estaba pensando. ¡Qué tal pues! ¿Pero qué hacían? ¿Usted que ha visto?

PABLO.- Despacio. Lo que harán no lo sé yo porque no soy nigromántico; pero lo que he visto es que él entró donde ella hace rato, y lo que supongo es que ella tiene con él algún pacto, y que ella y él estarán ahora mismo en conciliábulo; ella, para hacerme a mí algunos desaguisados, y él, para darles a ustedes en represalia algún chasco. ¡Toma si se los dará! Un clavo saca otro clavo. Dentro de muy pocos días usted los va a ver casados, y aquí el pato de la boda será usted, no hay que dudarlo. (A doña Martina)

MARTINA.- ¿Ya lo ves? ¿No te lo dije? Los dos se han aconchabado... Si cuanto a mí se me pone con otro tanto me salgo. Juana lo debe haber visto, de precisión. ¡Qué malvados! Soy capaz... No sé de qué. La cosa es para matarlos.

PABLO.- Oiga usted, me ocurre un plan.

MARTINA.- ¿Y que plan es ese?

PABLO.- Unámonos, y entre usted, Miquita y yo, esperemos el asalto.

MARTINA.- Pues no me parece mal; sería muy acertado.

PABLO.- Formemos los tres un cuerpo, pero sólido, compacto, y el ataque y la defensa. que salga del

triunvirato. ¿No se han unido los dos para herirnos y vejamos? Pues juntémonos los tres para salirles al paso.

MARTINA.- Así es, tiene usted razón, me suscribo, me arrebiato.

PABLO.- (ap) Que lluevan entonces chismes ya no me importan un rábano.

MARTINA.- Ahora verán si sé yo dónde me aprieta el zapato.

PABLO.- Pero Miquita, qué es esto? Qué es lo que está usted pensando? ¿No le peta a usted mi plan?

MARTINA.- ¡Quien sabe! No fuera extraño.

PABLO.- Está usted tan calladita...

MICAELA.- Oyéndolo a usted, don Pablo.

MARTINA.- Déjela usted; no querrá disgustar a su padrastro.

MICAELA .- ¿A qué son mamá esos tiros?

MARTINA.- Haces bien en respetarlo, tienes motivos para ello.

MICAELA.- Usted padece un engaño... ninguno tengo, mamá; mi genio es así... pacato.

MARTINA.- Cuando no te tiene en cuenta.

PABLO.- A otra cosa, no riñamos.

MARTINA.- Escuche usted una palabra. (Llamándolo a un lado)

MICAELA – (Por no armar gresca me callo)

MARTINA– (bajo ap) Lo que ella quiere es tener de reserva al viejo.

PABLO.- ¡Diablo!

MARTINA.- Como usted lo oye.

MICAELA.- (¡Qué cosa!... Esto no me va gustando)

MARTINA- Ya tarda Juana.

PABLO.- ¿Con que, cuento con usted?

MARTINA.- De facto.

ESCENA XV

DICHOS Y JUANA

MARTINA.- ¡Acabarás!... Ya está aquí. Anda, pronto, Juana, corre... ¡Vaya! ¿qué noticias traes?

JUANA.- Catay, niña, este es el molde que me ha dado la Clarita.

MARTINA.- ¡Qué molde ni qué demontres! Para moldes estoy ahora! Dime, Juana, ¿has visto a ese hombre?

JUANA.- ¿Ese hombre?... Sí, ya me acuerdo.

MARTINA.- Allí estaba o no, ¡responde!

JUANA.- No estaba allí, no lo he visto.

MICAELA.- ¿Qué no lo has visto? Y entonces de donde viene ahora?

JUANA.- ¡De donde ha de ser!

MARTINA - ¿De dónde?

JUANA.- De casa de la Clarita.

MARTINA.- ¿Lo oye usted, don Pablo, lo oye? ¿Qué enredo de este, por Dios?

PABLO.- ¡Qué enredo ni qué alcornoque! ¡No hay aquí enredo que valga! Le juro a usted por mi nombre que no ha mucho entró donde ella ese Judas Iscariote. Yo lo vi con estos ojos que como a usted lo conocen, y lo afirmo y ratifico, y a fin de que todo conste, si usted gusta lo pondré, hoy mismo en letras de molde.

MARTINA - ¡Qué confusión! ¡Qué barullo! ¿A quién creer, por San Onofre? El uno me dice pares y la otra me dice nones.

MICAELA.- (ap) ¿Qué significa todo esto?

PABLO.- La situación es deforme,
convenido.

MARTINA.- Sí señor; y recelo que se empeore.

PABLO.- Pero permítame usted que tome algunos informes, con los cuales, Dios mediante, espero que se mejore. Oye Juana.

JUANA.- Mande usted.

PABLO.- ¿Sabes bien quién es ese hombre de que te hablan?

JUANA.- Buena cosa. ¿Luego usted cree que yo tome por otro a don Melitón?

MARTINA.- Mejor que usted lo conoce.

PABLO.- No lo dudo; mas pudiera...

JUANA.- No, señor, no soy tan torpe.

PABLO.- Si usted no lo tiene a mal, sigo mis indagaciones.

MARTINA.- Siga usted.

PABLO.- Pero es preciso que a usted también la interrogue.

MARTINA.- Pregunte usted lo que quiera.

PABLO.- Debemos marchar acordes para el mejor resultado de nuestras combinaciones. Dígame usted mi señora...

MARTINA.- Dígale a usted. (Recio)

PABLO.- No se enoje. ¿Usted mandó a esta muchacha a que espiase a ese buen hombre?

MARTINA.- Sí, señor, precisamente, le di para ello instrucciones.

PABLO.- Muy bien.

MICAELA.- (ap) (Y yo lo ignoraba)

PABLO.- Pues de lo ambas exponen, resulta que tú lo has visto.

JUANA - ¿Quién? ¿Yo, señor?

PABLO.- No te atontes. Tú entraste tras él y luego...

JUANA - ¿Lo habré visto?

PABLO.- Se supone. Porque él se encontraba allí como cinco y seis son once.

JUANA - ¿Con qué por fuerza ha de ser?

MARTINA.- Tal vez usted se equivoque.

PABLO.- Si es así, lo que sacamos en limpio, por fin y postre, es que no nos entendemos.

MARTINA.- En eso estamos conformes.

PABLO.- Sin embargo, usted no crea que yo desista o afloje. Y en prueba de ello, ahora mismo le voy a batir el cobre a ese viejo... (Haciendo que se va)

MARTINA.- (deteniéndolo) Venga usted.

PABLO.- Aparte usted, no me embrome.

MARTINA - ¿Qué va usted a hacer, por la Virgen?

PABLO.- No es cosa, a darle un buen golpe.

MARTINA - ¡Golpes no, por Dios, don Pablo!

PABLO.- Pues me pondré como un poste frente a frente de la casa en donde está con su cómplice. Y luego que salga, iré por la calle dando voces.

MARTINA - ¡Jesús, que disparatón! No haga usted tal, no alborote; véalo salir no más, y avísemelo a la noche.

PABLO.- ¿Usted me lo manda?

MARTINA.- Sí.

PABLO.- ¡Eh, bien! Cumpliré sus órdenes. Abur y mandar.

MARTINA.- Adiós.

MICAELA.- (ap) Principio a dudar de este hombre.

PABLO.- Aún no me doy por vencido, todavía hay municiones.

ESCENA XVI

MARTINA, MIQUITA Y JUANA

MARTINA.- Este mozo es excelente... ¡Qué vivacidad! Me gusta. ¿No te parece Miquita?

MICAELA.- Tiene usted razón.

MARTINA.- Y mucha. ¡Cuánto te quiere! ¿No es cierto?

MICAELA.- Así al menos lo asegura.

MARTINA.- ¡Ay, no, si se le conoce! Tu desconfianza lo insulta. Muy buena elección has hecho. Y di, ¿Cuánto se efectúa el matrimonio?

MICAELA.- No sé. El anda en esas consultas.

MARTINA.- Pues no hay que comer confianza. Apura, Miquita, apura, que estas cosas, si se dejan, tienen muy malas resultas. Los hombres son tan variables, tan caprichosos en suma, que en una sola semana siete veces de amor mudan. ¡El diablo que los entienda! El domingo

quieren a una porque tiene lindos ojos, y el lunes a otra por turnia; el martes a una morena, el miércoles a una rubia, el jueves a una elegante, el viernes a una vetusta, el sábado a una coqueta candeleja y tartamuda, y, en fin, a la otra semana ya no piensan en ninguna; traslado a don Melitón. ¿No estás viendo la trifulca en que me encuentro metida nada más que por tu culpa? ¿Qué dices, pues, de estas cosas?

MICAELA.- Confieso a usted que me ofuscan.

MARTINA.- Con justicia, a mi también me han hecho perder la brújula. Sin embargo estoy resuelta a no permitirles nunca, ni a ese viejo indecentón ni a la otra paloma sucia, corra el rumbo donde corra, que se salgan con la suya. ¡Ríanse allá de su abuela!

MICAELA.- La resolución es justa. (Fuerza es seguirle el amén)

MARTINA.- A mí el viejo no me burla.

MICAELA.- Si ha empeñado su palabra, no hay remedio, que la cumpla.

MARTINA.- Cerraste con llave de oro: tal es mi opinión ut supra.

JUANA.- ¿Ya usted no me necesita?

MARTINA.- Ahora que me acuerdo... Escucha:
y ese molde?

JUANA.- ¿Allí no está?

MARTINA.- ¡Ah qué idea! No se me huya.
Mira, Juana.

JUANA.- ¿Señorita?

MARTINA.- De esta hecha cae ño Porrúa.
Lleva ese molde a su dueño,
y si acaso te pregunta
por qué lo vuelves tan pronto,
dile... lo que se te ocurra.
Verbigracia, que yo tengo
otro de la misma hechura.
O así... cualquier cosa. A ti
te sobran para esto argucias.
Dale las gracias también.

JUANA.- Descuide usted, no soy muda.

MARTINA.- Y ojo al Cristo...

JUANA.- Ya estoy, niña.

MARTINA.- Examina y disimula.

JUANA.- No hay cuidado.

MARTINA.- Mira, Juana...

JUANA.- (Que vieja tan importuna)

MARTINA.- Todavía debe estar
con su compinche en tertulia,
ve si acaso los sorprendes,
y vuelve al punto.

JUANA.- Sin duda.

MICAELA.- Oye, Juana.

JUANA.- Otra te pego.

MICAELA.- Repara si acaso cruza
por estas calles don Pablo.

JUANA.- Bien, niña.

ESCENA XVII

DOÑA MARTINA Y MIQUITA

MICAELA.- (Se me figura que todos esos arranques no son más que marramuncias)

MARTINA.- ¿No vienes, Miquita?

MICAELA.- Voy.

MARTINA.- (El juicio se me trabuca) ¿Qué fin tendrán estas fiestas?

ESCENA XVIII

MIQUITA, SOLA

¡Pobre mi mamá! Me angustia
su situación. Solo vive
entre sospechas y dudas.
En mala hora le propuso
don Melitón estas nupcias.
Hasta de mí está celosa!
¿Se verá mayor locura?
Si en mediando el interés
no hay salvaguardia ninguna!

ESCENA XIX

MIQUITA Y JUANA

JUANA.- Catay aquí mismo estaba.

MICAELA.- ¿Juana, qué hay? (Tomando el molde)

JUANA.- ¡Jesús qué casa!

MICAELA.- Pero hable, ¿que es lo que pasa?

JUANA.- El molde que se quedaba. Ya se ve con tanta bulla una, toda se aturulla.

MICAELA.- Si tienes una cabeza...

JUANA.- ¡Como aquí la tienen todos!

MICAELA.- Linda respuesta... ¡Qué modos! Te tomas una franqueza...

JUANA.- Y si esto no se compone, como el demonio se pone.

MICAELA.- ¡Vaya que es desembarazo! A pieza no hay quien te iguale.

JUANA.- Bueno, pues, niña, más vale ser pieza que no retazo. De esta hecha, y con tanto litis, me va a dar una bronquitis.

ESCENA XX

MIQUITA, SOLA

Y bien pensando, hay aplomo
en lo que Juana relata.
Esto va de mala data:
esto anda yo no sé cómo,
y si Dios no nos ayuda,
truena, que no cabe duda.
En fin, poco vivirá
quien no vea el desenlace:
mejor que truene, no le hace,
así todo concluirá,
y tras la inquietud que siento,
vendrá, tal vez, el contento.

Acto Tercero

ESCENA I

MARTINA, MICAELA Y JUANA

MARTINA.- ¿Pero qué es de él?

JUANA.- Qué sé yo.

MARTINA.- ¿Y hablaste con ella?

JUANA.- Si.

MICAELA.- ¡Juana!

JUANA.- ¿Señorita?

MICAELA.- Di, ¿y viste a don Pablo?

JUANA.- No.

MICAELA.- ¿Qué se ha hecho entonces?

JUANA.- No sé.

MARTINA.- ¿Sola estaba ella?

JUANA.- Solita.

MICAELA.- Juana...

JUANA.- Pero señorita, ¿no lo he dicho a usted ya...

MICAELA.- ¿Qué?

JUANA.- Déjeme usted que concluya.

MICAELA.- ¿Qué has dicho?

JUANA.- Que no lo he visto.

MICAELA.- (Yo soy bruja)

JUANA.- ¡Jesucristo!

MARTINA.- Hoy me da a mí un patatús. Juana, vete.

JUANA.- Ya me voy (Haciendo que se va)

MICAELA.- Yo no sé qué me pasa hoy.

JUANA - ¡Qué laberinto, Jesús!

MARTINA.- Oye, Juana.

JUANA.- (¡Qué matraca!) ¿Se ofrece algo?

MARTINA.- Enciende vela.

JUANA.- Bueno, niña.

MARTINA.- Pronto, vuela.

JUANA.- ¿A qué será esta alharaca?

ESCENA II

MARTINA Y MICAELA

MARTINA.- Don Pablo habrá padecido alguna equivocación.

MICAELA.- (Se me tupe la razón. ¿Tanto afán sería fingido?)

MARTINA.- Mira, Miquita.

MICAELA.- (¡Estoy que ardo!)

MARTINA.- Voy a salir.

MICAELA.- ¿Muy distante?

MARTINA.- Aquí nomás. Un instante...

MICAELA.- Ya es de noche.

MARTINA.- No me tardo. Si acaso don Pablo viene que me espere.

MICAELA.- Bien está.

ESCENA III

DICHAS Y JUANA

JUANA.- Aquí está la vela ya.

MICAELA.- (Como un mirasol me tiene)

JUANA.- ¿Qué otra cosa?

MARTINA.- Nada más. Puedes irte.

JUANA.- Está muy bien.

MARTINA.- Oye. No te vayas, ven. Vamos, me acompañarás.

JUANA.- (¡Pues es petardo!)

MARTINA.- Hasta luego. Voy a encargar a una amiga que me averigüe esta intriga sino... es dar palos de ciego.

ESCENA IV

MIQUITA, SOLA

A la verdad, no comprendo
qué es lo que este hombre está
haciendo, y por lo tanto mi espíritu
en grave inquietud se ve.
¿Tendrá algún plan escondido?
¿O su manejo habrá sido
así, siempre, tan versátil?
Esto es lo que yo no sé.
¿Pero si es un caballero
pundonoroso y sincero,
que nunca falta sin mérito
a la palabra que dio,
qué tiene, pues, con Clarita,
que porque otro la visita
salta, brinca y arde de cólera?
Esto es lo que no sé yo.
Si un mutuo afecto nos liga,
nada importa lo que diga
de picasena esa cándida
en quien él no tiene fe.
¿Para qué, pues, la acrimina?

¿Por qué a mi madre enfagina
a que la odie y arme escándalo?
Esto es lo que yo no sé.
Que este asunto se complica,
muy fácilmente se explica
sin más que hacer el análisis
de lo que pasa y pasó.
¿Cuál será su resultado?
¿Me habrá, tal vez, señalado
don Pablo como su víctima?
Esto es lo que no sé yo.

ESCENA V

MIQUITA Y DON MELITÓN

MELITÓN.- Buenas noches.

MICAELA.- Buenas noches, don Melitón.

MELITÓN.- ¿Tan solita? ¿Y la señora?

MICAELA.- Salió, pero dijo que volvía en el acto.

MELITÓN.- Bien, me alegro. Que no se de mucha prisa, porque tenemos que hablar los dos a solas, Miquita

MICAELA.- ¿A solas?

MELITÓN.- ¿Se asusta usted? Pues hace mal, a fe mía, que no la voy a reñir ni a hacerle purisimitas.

MICAELA.- Con todo, don Melitón...

MELITÓN.- No andemos con gurruminas. Ya lo pasado, pasado, y hasta de niñerías. Si en donde se asó el camote diz que queda la ceniza, también el gato escaldado le

causa horror el agua fría... Con que así, no teme usted que yo mueva la piscina. Además, las dimisorias se fueron bien merecidas, puesto que pude olvidar en un rapto de impericia que los amores de un viejo no inspiran ya sino risa.

MICAELA.- Se apoca usted demasiado.

MELITÓN.- Me hago, Miquita, justicia. ¡Oh! si pudiera quitarme unos treinta años de encima! ¡Veinte aunque fueran! Entonces… ¡Vamos... no sé lo que haría. Miquita, perdone usted si esta ilusión me fascina, también un caballo viejo cuando me verde relincha.

MICAELA.- ¿Qué, don Melitón?

MELITÓN.- Paciencia.

MICAELA.- Yo soy quien la necesita.

MELITÓN.- Basta, al que Dios se la dio San Pedro se la bendiga. Ahora entremos en materia. ¿Usted recuerda, Miquita que me ha prometido amar con la ternura más viva como a su padre, se entiende?

MICAELA.- Sí, señor, no se me olvida.

MELITÓN.- Bien, Miquita, pues un padre
solo quiere el bien de su hija.

En esta suposición, suplico a usted que me sirva
prestar entera confianza
a todo cuanto le diga.

MICAELA.- Lo haré así, don Melitón.

MELITÓN.- Tome usted, entonces, Miquita.
lea esa carta... (Le da la carta)

MICAELA.- ¿Yo? ¡Qué!

MELITÓN.- Léala usted que

MICAELA.- ¿De quién es pues?

MELITÓN.- Lea usted, que hacerlo así le precisa.

MICAELA.- Confiada en usted...

MELITÓN.- Corriente.

MICAELA.- (lee para sí) Señor Don Melitón «Reservada». (rpr.) ¡Qué veo! Mujer la firma.

Vamos a verlo que dice:

«Si usted tiene la bondad de venir dentro de una hora más o menos a mi casa, Calle de Comesebo 500, confiaré al honor de usted un secreto del cual depende la felicidad

de una pobre y muy particularmente la de Miquita, la hija de doña Martina, con quienes tiene usted tan buena amistad. Si admite usted mi indicación encontrará en la puerta una muchacha, que la conducirá a donde lo espera, su afectísima servidora. María Campana.- Reencargo a usted la reserva». (repr) Tome usted, don Melitón, esto es para mí un enigma.

MELITÓN.- Voy a explicárselo a usted la tarea es muy sencilla. ¿Se acuerda usted de esta carta?

MICAELA.- No señor.

MELITÓN.- Pues es la misma, que aquí recibí hace poco.

MICAELA.- ¡Ah, que memoria la mía!

MELITÓN.- Como usted lo supondrá acudí luego a la cita, y allí se me ha asegurado por persona fidedigna, que el novio de usted es una pieza que la engaña y perjudica, porque tiene su palabra con otra comprometida.

MICAELA.- Ya sé quién le ha dicho a usted eso, no ha sido otra.

MELITÓN.- ¿Quién?

MICAELA.- Clarita.

MELITÓN.- Ni la he visto, no ha sido ella.

MICAELA.- ¿Quién, entonces?

MELITÓN.- La que firma.

MICAELA.- ¿Y esa es la del compromiso?

MELITÓN.- La propia.

MICAELA.- ¡Virgen Santísima!

MELITÓN.- Además me ha suplicado creyendo que usted me oiría, que interponga mi amistad, a ver si esto se concilia, sin que sea necesario ocurrir a la justicia.

MICAELA.- ¡A la justicia! No, nunca.

MELITÓN.- Pues a eso está decidida.

MICAELA.- ¿Qué me aconseja usted que haga?

MELITÓN.- Lo que usted quiera, Miquita, que a mí no me toca más que ampararla y a asistirla.

MICAELA.- Don Melitón, muchas gracias, conozco que usted me estima.

MELITÓN.- Cuanto poseo es de usted sin excepción de la vida.

MICAELA.- ¡Cuanta generosidad!

MELITÓN.- Dejémonos de pamplinas; yo me remito a la prueba. Pida usted, mándeme, exija, y verá si soy capaz, por complacerla y servirla de hacerla pasear en andas por cuanta calle hay en Lima.

MICAELA.- Un padre, don Melitón, solo al bien de su hija aspira. ¿No me lo ha dicho usted así?

MELITÓN.- Y lo repito, Miquita.

MICAELA.- Pues bien, yo no haré otra cosa sino lo que usted decida.

MELITÓN.- Mucho me honra esa confianza, y espero que mientras viva la sabré corresponder.

MICAELA.- De eso estoy muy persuadida.

MELITÓN.- Bueno, pierda usted cuidado, estése quieta, tranquila; todo lo averiguaré si es necesario en el día, y juro por esos ojos que encantan a cuantos miran, que si el amor de don Pablo en usted sola se fija, se casará usted con él sin que nadie se lo impida, porque verla a usted feliz será el colmo de mi dicha.

MICAELA.- ¡Cuánta bondad!... Gracias, gracias.

MELITÓN.- A Dios sean dadas, Miquita. (Le toma la mano y la aprieta con emoción, alzando los ojos al cielo)

ESCENA VI

DICHOS, DON PABLO

PABLO.- ¡Hola! ¡Esto es dar en el clavo! Bravo bravísimo.

MELITÓN.- ¿Quién?

MICAELA.- ¿Qué significa?

PABLO.- Muy bien, magnífico, bravo, ¡bravo!

MICAELA.- Quite... me ha dado usted susto... ¿Qué es lo que hay con tanta grita?

PABLO.- Bravísimo, señorita; le alabo a usted su buen gusto.

MICAELA.- Vamos, ya usted se propasa: sírvase ser más político.

PABLO.- ¡Oh! ¡Sí, soy muy impolítico!

MICAELA.- Don Pablo, estoy en mi casa.

PABLO.- Yo también creo lo propio, así es demás el descarte; pero aquí o en cualquier parte, lo impropio siempre es impropio.

MELITÓN.- Mi amigo, usted se equivoca, y su juicio es temerario; ni yo soy un perdulario, ni esta niña es una loca. Y el amistoso ademán que ha creído usted sorprender, no ha sido ni puede ser nunca jamás un desmán. Se equivoca usted, repito, yo sé lo que toca a un viejo, y tan alegre manejo solo lo tiene un mocito.

PABLO.- Un mocito... ¡qué desprecio! ¿Y por qué no un viejo verde?

MELITÓN.- Basta, que el tiempo se pierde disputando con un necio.

PABLO.- ¡Me insulta usted!...

MELITÓN.- ¡Dale bola! No sea usted tan gritón.

PABLO.- Pido a usted satisfacción con espada o con pistola.

MICAELA.- ¡Don Pablo!

MELITÓN.- ¡Habrá mequetrefe!

PABLO.- ¡Se ha vendido usted al oro!

MELITÓN.- Si usted le falta al decoro,
lo voy o volver una efe.

PABLO.- ¡Se vería!

MELITÓN.- Se verá.

MICAELA.- No haga usted caso, mi amigo.

PABLO.- Vaya un guapo como un higo. Me da risa.

MICAELA.- Basta ya.

MELITÓN.- Que haga de mí cuantas triscas se le antoje, no me encona, pero si a usted se le entona soy capaz de hacerlo ñiscas.

PABLO.- Yo soy aquí el ofendido.

MELITÓN.- Esa aserción es odiosa.

PABLO.- Esta señora es mi esposa, y usted me la ha seducido.

MICAELA.- Miente quien tal cosa crea.

PABLO.- ¿No es usted mi esposa?

MICAELA.- No.

MICAELA.- Ni lo será mientras yo no le diga que lo sea.

PABLO.- ¡Cómo se entiende!

MICAELA.- Cabal.

PABLO.- ¡Qué desfachatez! ¡Qué horror!
¡Qué infamia, qué deshonor!

MICAELA.- Usted solo es el formal.

PABLO.- Digo mil veces que sí.

MICAELA.- ¿Oiga, tiene usted esa creencia? Repase bien su conciencia, y verá que no es así.

PABLO.- ¿Se va usted por otra huella?
La idea es de buen calibre.

MELITÓN.- Cuando pruebe usted que es libre.
podrá casarse con ella.

MICAELA.- Sí, don Pablo, y entretanto no se trate más de amores.

PABLO.- Me están dando trasudores.

MELITÓN.- Bien dicho... pruebas al canto.

PABLO.- ¿Y a usted quién diablos lo mete...

MELITÓN.- Ya lo veremos después.

MICAELA.- ¿Pero si usted libre no es, para qué se compromete?

PABLO.- ¡Qué embuste, voto al demonio! Usted sabe demasiado quién es quien me ha levantado ese falso testimonio; y aunque esta misma cuestión quedó hace poco concluida, finge usted que se le olvida con depravada intención. Conozco la manganeta... desde una legua resalta; para cohonestar su falta, vuelve usted a esa cantaleta.

MICAELA.- No es así: mas, sobre todo, si antes pude creer a usted, ahora que otras sé pienso de distinto modo. Y no crea usted por esto que falto a mi compromiso, que para ello era preciso un desaire manifiesto. No, señor, si usted desmiente la imputación que se le hace, se efectuará nuestro enlace sin ningún inconveniente.

PABLO.- Cosa muy fácil, muy llana fuera para mí probar que ahora me puedo casar con quien me diera la gana. Mas se me pone en un potro para que lo haga y no quiero.

MELITÓN.- Entonces cero más cero queda libre para otro.

PABLO.- Allí es donde está el busilis.

MICAELA.- No, don Pablo, eso es mentira.

PABLO.- Eso es a lo que usted tira.

MELITÓN.- No me exalte usted la bilis.

PABLO.- No hay más, esto se compone con que riñamos los dos.

MELITÓN.- ¡Simple!

MICAELA.- Don Pablo, ¡por Dios! ¿qué es lo que usted se propone?

PABLO.- Nada, no quito una coma, que elija armas.

MELITÓN.- (aparte) Hablador.

MICAELA.- ¿Está usted loco?

MELITÓN.- Es mejor que lo echemos a la broma.

PABLO.- Si no sale, es un canalla.

MICAELA.- Pues no saldrá.

PABLO.- Lo veremos.

MELITÓN.- Oiga usted, ¿y dónde iremos?

PABLO.- Aquí cerca, a la muralla.

MELITÓN.- ¿A esta hora? ¡Vaya un antojo! A oscuras allí, ¿qué haríamos?

PABLO.- Batirnos.

MELITÓN.- Nos expondríamos a malograrnos un ojo.

PABLO.- Ande...

MELITÓN.- Nos creerán ladrones los que por allí transitan.

PABLO.- ¿Qué le hace?

MELITÓN.- ¿Qué?... nos empitan entonces los corbatones.

PABLO.- ¿Con qué no va usted?

MELITÓN.- Ya es tarde.

PABLO.- ¿No admite usted?

MELITÓN.- No por cierto.

MICAELA.- Hace bien.

MELITÓN.- Me doy por muerto.

PABLO.- Pues es usted un cobarde.

MELITÓN.- ¡Habrá humor más indigesto! baje Usted, hombre, el penacho, que sin que medie un cocacho se puede arreglar todo esto. Si usted esa prueba nos diera...

PABLO.- Nunca, jamás, yo lo he dicho.

MELITÓN.- ¡Hola! pues va de capricho.

PABLO.- Si es usted hombre, salga afuera.

MICAELA.- Esta ya pasa de la raya; tenga, en fin, más miramiento, o váyase en el momento.

PABLO.- ¿Y dice usted que me vaya?¡Qué exceso de corrupción! ¡qué impureza!, ¡qué descoco! Mire usted, me falta poco para llamarla...

MELITÓN.- ¡Chitón!

PABLO.- No me meta usted el brazo. Si, señor... es una loca... es una...

MELITÓN.- Calle esa boca, o le doy a usted un trancazo. (Levantando el bastón)

MICAELA.- ¡Don Melitón!... (Conteniéndolo)

PABLO.- ¡Qué hace usted, por Dios bendito!

MELITÓN.- Si no se calla, repito, no me podré contener.

MICAELA.- Deje usted. (Conteniéndolo)

PABLO.- (ap) Y tiene estoque.

MELITÓN.- Lo obligan a uno a hacer cosas, que a mi edad son vergonzosas.

PABLO.- ¡Que no se atenga a su lloque! (A Micaela)

MICAELA.- ¡Jesús!, ¡qué dirá la gente!

PABLO.- ¡Pronto sabrá quién soy yo! (Amenazándolo) Agradezca... que si no...

MICAELA.- Calle usted, no sea imprudente.

PABLO.- ¡Eso es!, ¡seré la pared!... Así nomás se asesina: así se... Doña Martina, (A Juana que entra) a buen tiempo... venga usted.

MICAELA.- Quieto, don Pablo, que es Juana.

PABLO.- Si la cólera me ciega.

ESCENA VII

DICHOS Y JUANA

MICAELA.- ¿Dónde está mamá?

JUANA.- Ya llega. Esto me huele a jarana.

PABLO.- La cuestión está resuelta, o él me mata o yo lo mato. (A Micaela)

MELITÓN.- (aparte) ¡Qué mozo tan mentecato!

ESCENA VIII

DICHOS, DOÑA MARTINA

MARTINA.- Vaya, ya estamos de vuelta (A Micaela)

PABLO.- Ahora lo verán ustedes. (A don Melitón)

MARTINA.- Cuánta gente. Adiós, amigos: ¿Qué tiene don Pablo? (A Micaela)

MICAELA.- Nada.

PABLO.- Le voy a pegar un tiro. (Paseándose)

MARTINA.- ¿Un tiro? Me da usted miedo. ¿Miquita, que ha sucedido?

MICAELA.- No es cosa, mamá

MARTINA.- ¿No es cosa?

MICAELA.- Don Pablo se ha vuelto un niño.

PABLO.- Señora, soy todo un hombre, y lo sostengo y lo afirmo.

MARTINA.- En verdad que no comprendo...

MELITÓN.- (ap) Esto para en un conflicto.

JUANA.- Me voy, no quiero ver lástimas.

ESCENA IX

DICHOS, menos JUANA

MARTINA.- ¿Pero, en fin, qué es lo ha habido?

PABLO.- La engañan a usted, la burlan, la traicionan como a un chino.

MARTINA.- Cuénteme usted, ¿cómo así?

PABLO.- La engañan a usted, repito. Los dos se aman.

MARTINA.- ¿Los vio usted? ¿les caería de improviso?

PABLO.- Los he pillado infraganti haciéndose mil cariños.

MARTINA- ¡Disoluta!

PABLO.- Pero es otra, no es Clarita la que digo.

MARTINA.- ¡Otra! ¿Cómo? ...

PABLO.- ¿Sabe usted quiénes son lo susodichos? Su hija de usted y el señor.

MARTINA.- ¡Mi hija también!

PABLO.- Cabalito.

MARTINA.- ¡Sí lo dije! ¿Usted se acuerda?

PABLO.- Con mis ojos los he visto.

MELITÓN.- Miente usted como un bellaco.

MARTINA.- ¡A cuantas quiere este indigno!

MICAELA.- No le crea usted mamá. (Acercándose)

MARTINA.- Apártate, basilisco.

PABLO.- Y luego porque le expuse que su porte no era lícito, quiso meterme el estoque para imponerme sigilo.

MARTINA.- ¡Eso es atroz!

MELITÓN.- Oiga usted.

MARTINA.- ¡Criminal! (a doña Martina)

PABLO.- Criminalísimo.

MELITÓN.- Doña Martina, entendámonos.

MARTINA.- ¡Qué viejo tan libertino!

MELITÓN.- Vamos, escúcheme usted, y no meta mucho ruido.

MARTINA.- ¡Cómo esta Lima, Jesús!

PABLO.- ¡Qué quiere usted, tanto gringo!

MELITÓN.- Pero escuche…

MARTINA.- Mi propia hija. Es quien me mete el cuchillo.

MICAELA.- Falso, mamá, no es así.

MARTINA- Calla o te rompo el hocico.

MICAELA.- Pero mamá...

MARTINA,- ¡Fuera, fuera!

PABLO.- A mi no me culpe (A Micaela)

MARTINA.- ¡Inicuos!

MICAELA.- Sosiéguese usted.

MARTINA- ¡Cochina! Vete de mi casa digo. No quiero verte ni hablarte.

MICAELA.- Mamá, yo siento el decirlo, mas no creo que usted se olvida que cuanto aquí existe es mío, y que yo pago esta casa.

MELITÓN.- Todo eso no importa un pito. Déle usted gusto, Miquita; busque al instante otro asilo, y gaste y triunfe a su antojo sin escrúpulo el más mínimo, que yo pago, aunque me quede como Adán en el Paraíso.

MARTINA - Eso se quisiera usted viejo fatuo y corrompido, pero no se la pondrá.

MELITÓN.- Lime usted un poco el estilo.

MARTINA.- Ya no quiero que se vaya.

MELITÓN.- Eso es discurrir con juicio.

MARTINA.- Ya no quiero que se quede, que salga de aquí ahora mismo.

MELITÓN.- Señora, con treinta santos, usted padece un equívoco. Cuanto ha dicho el señor es un solemne embolismo, porque jamás esta niña a usted ni a nadie ha ofendido, ni de mi boca oyó nunca reprobados amoríos Harto sé yo que una moza cuando un viejo le hace mimos, sino lo burla en sus barbas le hace, por detrás, huecillo, y no me estimo tan poco para aparecer ridículo.

MARTINA.- Achaques quiere la muerte, tengo ya muchos colmillos que usted me embacune.

MELITÓN.- ¡Ah vieja!

MARTINA.- No sea usted liso, indecente, fastasmón.

MELITÓN.- ¿Y nada más?

MARTINA.- Tan feísimo.

MELITÓN.- No obstante, doña Martina, cuando uno tiene conquibus es muy buen mozo, ¿no es cierto? (con ironía)

MARTINA.- No me venga usted con tiros. (colérica)

MELITÓN.- Y hasta hay mujer que lo quiera, sin interés de un cuartillo, aunque ya de puro viejo se esté besando el ombligo; y más que de cabo a rabo, sea más feo que Picio. Esto, en fin, lo sabe usted tal vez más que el catecismo.

MARTINA.- Váyase usted a la porra.

MELITÓN.- Enséñeme usted el camino, y me marcho allá volando.

MARTINA.- Es usted muy atrevido.

MELITÓN.- Más no por eso seré un mentiroso, si digo que cuando aquí entró el señor, en vez de hacerle cariños a esta niña, como dice, la advertía del peligro que corre, si da la mano a un hombre comprometido.

PABLO.- ¡Con qué enflautado no sale! (A doña Martina)

MARTINA.- ¡Si son los dos de codillo!

MICAELA.- Mamá, yo seré muy mala, pero no es tan pervertido mi corazón, como usted se ha propuesto persuadirlo. Ahora, de don Melitón diré cual es el delito. Haberse puesto a mi lado como un bueno y fiel amigo, para averiguar si es cierto como a él y a mí nos han dicho, que siendo el señor casado, pretende ser mi marido.

MELITÓN.- ¿Lo oye usted, doña Martina? Pues yo ni añado ni quito.

MARTINA.- ¿Y usted a qué carga de agua o fundado en qué principio se mezcla en las cosas de ella?

MELITÓN.- Voy al instante a decirlo. ¿Sabe usted, por qué, señora? Porque la quiero y la estimo como si fuera hija mía.

PABLO.- ¡Su hija! Que le den recibo. (riéndose)

MELITÓN.- Porque ella me ha facultado para que acuda en su auxilio; porque aborrezco las farsas, porque detesto a los pillos, y porque me da la gana y se me antoja. He concluido.

MARTINA.- ¡Qué descaro, santo Dios!

PABLO.- Yo le quitaré ese brío.

MELITÓN.- Aún me falta la post-data. Oiga usted caballerito: En tanto que usted no pruebe, sin que quede ni resquicio ni asomo menor de duda, que el único compromiso que tiene, es con esta niña, ¡por mi padre San Francisco que si se casa con ella será hasta el fin de sus vidas! Y a mí no me venga usted con amenazas ni gritos ni gestos ni pasos largos ni votos ni desafíos; porque ha de saber usted si es que hasta hoy no lo ha sabido, que aunque cargo encima ya mucho más de medio siglo, ni soy ciego ni soy manco ni cojo ni paralítico ni le temo a ningún jaque si está la razón conmigo. ¿Don Pablo, lo entiende usted? Pues si lo entiende, al avío.

PABLO.- Ya no hay diablo que esto aguante. ¡Qué calumnia, vive Cristo! Libre soy, libre, muy libre, en alta voz lo publico, y nunca he sido casado ni he tenido compromiso. ¡Ella! ... Consumatum est. (viendo a Clara que entra).

ESCENA X

DICHOS, CLARITA

CLARA.- (aparte) Cuándo no.

MICAELA.- (aparte) Ya somos cinco.

CLARA.- Buenas noches.

MICAELA.- ¡Oh, Clarita! me alegro que hayas venido.

MARTINA.- (aparte) ¡Y la abraza!

CLARA.- Me has tenido muy cuidadosa, Miquita. ¿Y la jaqueca?

MICAELA.- Mejor.

CLARA.- Gracias a Dios.

MICAELA.- Muchas gracias.

PABLO.- Me persiguen las desgracias.

CLARA.- ¿Y a usted le va bien, señor?

MELITÓN.- Perfectamente, y hoy más.

MARTINA.- (aparte) ¡Habrá lisura!

CLARA.- ¿Y a ti?

MARTINA.- ¿Ahora te acuerdas de mí? Mejor no lo hagas jamás.

CLARA.- ¡Ay Jesús y que entonada!

MARTINA.- Cierto que es mucha pechuga.

CLARA.- Quien te picó la lechuga que se coma la ensalada.

MARTINA.- Basta, Clarita, me tienes hasta aquí. (señalando la frente)

CLARA.- ¡Dios nos asista!

MARTINA.- Te has vuelto muy enredista, y no sé a qué te atienes.

CLARA.- ¡Sopla, qué cohete de arranque!

MARTINA.- Hostigan ya tus reveses.

CLARA.- ¿Y esas no son pesadeces? Te casará con un yanque.

MARTINA.- Mas nunca por causa mía se impidieron matrimonios. (con ironía)

PABLO.- (ap) Hay nos llevan los demonios.

CLARA.- ¡Hola! ¡Con que esas había! Vaya, pues, ya que te han puesto al corriente del asunto, bueno será que en conjunto lo haga aquí más manifiesto. No con frases que compliquen ni una pizca el argumento, sino con un documento que tú ni tu hija repliquen. Con él me basta, y me sobra porque entera fe merece. ¿Miquita, no te parece?

MICAELA.- Por mí...

CLARA.- Pues manos a la obra. Catay, Martinita, lee. (Le da un papel)

MARTINA.- Anda... (Lo bota al suelo)

MELITÓN.- Aquí está, señorita. (Recogiéndolo)

CLARA.- Gracias. Velo tú, Miquita.

MICAELA.- (A Don Melitón) Tome usted.

PABLO.- Ya usted lo ve.

MELITÓN.- Muy bien. Aquí certifica (Después de leerlo para si) el cura de San Marcelo, que don Pedro de Juanelo y doña María Andica, son casados y velados.

MICAELA.- Pero eso, ¿a qué viene?...

PABLO.- Así es.

MARTINA.- Marramuncias de ella.

PABLO.- ¡Pues! (Purgando sus pecados).

MARTINA.- Como es tan ruin, tan chismosa...

CLARA.- Mas no vieja.

MELITÓN.- ¿Qué será esto?

MICAELA.- Clarita, explícate presto.

MARTINA.- Sí, ¡como no!

PABLO.- Buena cosa.

MICAELA.- Habla pues, niña.

CLARA. - Ya voy.

PABLO.- Creo que está...

CLARA.- ¡Vive el cielo! Miente usted, señor Juanelo.

MELITÓN y MICAELA.- ¡Con que es él!

PABLO.- (Burlándose) ¡Con que soy yo! ¡Ah! ¡Qué intención! Me da risa.

CLARA.- Es usted el más perverso que existe en el universo.

PABLO.- Basta, no sea usted lisa; dejémonos ya de chanzas, y si aún le resta a usted juicio, no me saque a mí de quicio con sus torpes acechanzas. Yo jamás he cometido las faltas que usted me aplica, ni sé quién es esa Andica, ni Juanelo es mi apellido.

CLARA.- Graciosísima conseja.

PABLO.- También la calma se agota.

MELITÓN.- Si yo comprendo una jota, que me endosen a la vieja.

CLARA.- Más claro, para concluir, sépanse todos que este hombre se puso al casarse el nombre que acaban ustedes de oír.

PABLO.- ¡Falso!

CLARA.- ¡Qué desfachatez!

PABLO.- Eso me lo hará usted bueno.

CLARA.- Don Pedro, en cualquier terreno: si a mi me place, ante un juez.

MICAELA.- ¡Oh, Dios mío! ¡Esto es horrible!

PABLO.- ¿Ante un juez? Bien, mi señora. Deseo que llegue la hora.

CLARA.- Ahora mismo, si es posible. Casado es usted, no le huyo.

MELITÓN.- Con la Andica.

CLARA.- Así ha de ser.

MELITÓN.- Pues yo sé de otra mujer que lo reclama por suyo.

PABLO.- ¡Otra calumnia!... ¡Qué infamia!

CLARA.- No será extraño, lo creo.

MELITÓN.- Entonces, por lo que veo, le agrada la poligamia.

PABLO.- ¿Con qué casado con dos? Bien está, lo probarán. ¡Ah! qué infernal es el plan.

MARTINA.- No hay cuidado, allí esta Dios (A don Pablo)

PABLO.- Si soy bígamo, mi amigo, la justicia lo dirá.

CLARA.- ¡Don Pedro! ¡Ay de usted si va!

PABLO.- ¿Qué no iré? Y usted conmigo.

MARTINA.- Bien hecho, sí, que confiese.

PABLO.- Y que presente a la Andica.

MARTINA.- Y el señor, la otra que indica. (Por don Melitón)

MELITÓN.- No sea que a usted le pese.

MARTINA.- No afloje usted.

PABLO.- Yo no aflojo; usted lo verá.

MELITÓN.- ¡Villano!

MICAELA.- ¡Y ese hombre nació cristiano!

CLARA.- No puedo ocultar mi enojo.

PABLO.- Que la Andica se presente en persona y que me acuse.

CLARA.- No tema usted que se excuse: ira en persona.

PABLO.- Corriente ... La ley lo prescribe así.

CLARA.- Mas no irá la Andica, no: ¿sabe usted quien? Iré yo.

MELITÓN, MARTINA y MICAELA.- ¡Ella es!

CLARA.- Esa Andica, sí.

MELITÓN .- Me lo daba el corazón.

MICAELA.- ¡Qué rayo de luz, Dios mío! ¿Tú no gozas montepío? (A Clarita)

CLARA.- Miquita, por compasión... ¡Ay, me muero!

MICAELA.- ¡Qué miro!... Se ha desmayado... ¡Venga usted, por Dios, mamá! ¿Qué haremos? ¿Qué se le aplica?

MELITÓN.- Que vayan a la botica, y la traigan toda acá.

MARTINA.- Aquí hay agua.

MICAELA.- ¡Juana! ¡Antonia!

MARTINA.- ¡Mójale la sien, Miquita; la otra!

ESCENA XI

DICHOS, JUANA

JUANA.- Aquí estoy señorita.

MICAELA.- Pronto... el agua de colonia (vase Juana) Saque usted, mamá este broche…

¡Clarita! ¡Clarita! Nada.

PABLO.- Yo me largo.

JUANA.- (saliendo) (¡Habrá monada!)

MICAELA.- Trae pronto, Juana (Juana la da el pomo)

MELITÓN.- ¡Qué noche!

MARTINA.- Moja el pañuelo, que huela.

PABLO.- ¿Cómo escapo? ¡Esto va en serio!

JUANA.- ¡Quién comprende este misterio!

MELITÓN.- ¿Qué haces, tú aquí, ociosa? Vuela, llama aun médico

MICAELA.- Así es.

PABLO.- Yo iré más pronto, Miquita.

MICAELA.-. ¿Usted?...

PABLO.- ¿Qué tiene?... No quita lo valiente a lo cortés.

MARTINA.- Sí, vaya usted...

PABLO.- Sin perjuicio de demandarla mañana.

MARTINA.- Como a usted le dé la gana.

PABLO.- Mientras, suspendan el juicio.

MELITÓN.- Ande usted, sirva para algo.

PABLO.- En fin, hallé escapatoria.

MELITÓN.- Puede escribirse esta historia.

PABLO.- Ahora que me echen un galgo.

ESCENA XII

DICHOS, menos DON PABLO

CLARA.- Don Pedro...

MICAELA.- Ya vuelve.

CLARA.- Gracias.

MICAELA.- Clarita...

CLARA.- ¡Ay Jesús!...

MICAELA.- Reposa. ¡Quieta por Dios!

CLARA.- ¡Ah, Miquita!

MICAELA.- Sí, yo soy, Clarita... Llora, desahoga ese corazón que los pesares destrozan.

CLARA.- ¡Cuánto he sufrido!

MICAELA.- Lo veo.

CLARA.- Dios te haga siempre dichosa.

MELITÓN.- ¡Habrá pucheros!... ¿Qué va, a que entono yo igual solfa? ¡Qué diablos! Si ya los viejos tenemos alma de borra.

CLARA.- Mucho he padecido, mucho.

MICAELA.- Todo lo comprendo ahora.

CLARA.- Engañada, perseguida, tratada como una loca, y devorando en silencio mis ultrajes y zozobras.

MICAELA.- ¡Pobrecita!

MARTINA.- (Estoy sin sangre)

CLARA.- Pero Miquita, perdona si me he mostrado contigo tal vez dura y aun impropia.

MICAELA.- Clarita, déjate de eso.

CLARA.- Pero soy madre y esposa, y estos títulos, Miquita, no se olvidan ni se endosan.

MICAELA.- Calla, Clarita, por Dios; la culpable soy yo sola, que desprecié tus consejos por torpe y por vanidosa. Pero te creí mi rival, juzgué que me hacías sombra, y ya sabes lo que somos en tales casos nosotras.

MELITÓN.- No más cargos ni descargos; hablen ustedes de modas.

MARTINA.- ¡Qué chasco, malhaya sea! ¡Si soy una bestia indómita!

CLARA.- ¡Ay, señor Don Melitón! triste, muy triste es mi historia, y sin embargo es preciso que aquí todas la conozcan. MARTINA.- ¿Y aquí qué haces tú, demonio?

JUANA.- Nada. Ya me voy, señora.

ESCENA XIII

DICHOS, menos JUANA

CLARA.- Yo era joven y gozaba de una pensión, no muy corta, como viuda de un marino que falleció en Amazonas. No obstante, volví a casarme, y lo hice con nombre de otra por consejos de mi cómplice, que haciendo igual traspantoja se puso Pedro Juanelo llamándose Pablo Postas.

MICAELA.- ¡Qué bribón!

CLARA.- A los tres meses de celebrada esta boda, don Pedro me abandonó, y se entregó libremente a una vida escandalosa, creyendo que yo jamás diría nada en su contra por no perder la pensión que hasta el día se me abona.

MICAELA.- Que picardía, ¡Jesús!

MELITÓN.- El Postas no es mala posta.

CLARA.- Ayer nomás he sabido que su boda estaba próxima contigo, Miquita.

MICAELA.- Cierto.

CLARA.- Y que no era tu persona la que le hacía emprender una acción tan deshonrosa, sino esos vales que tienes y cuyos réditos cobras.

MICAELA.- ¡Bandido!

MARTINA.- ¡Fascineroso!

MELITÓN.- Ese hombre merece una horca.

CLARA.- Deseando entonces salvar mi conciencia religiosa, y evitar una desgracia, que hubiera afectado tu honra, me decidí a conjurar la borrasca a toda costa... Empecé dando los pasos que a todos ustedes constan, y a fin que don Melitón tomase parte en esta obra, me valí de una vecina para que lo hablase a solas: ésta le escribió una esquela dándole una cita.

MELITÓN.- ¡Toma! ¿Fue una tal María Campana?

CLARA.- Sí, señor, la misma.

MELITÓN.- ¡Sopla! Pues, Clarita, la vecina la hizo mejor que una cómica, ¡Caramba, si las mujeres saben la Biblia con notas!

CLARA.– Creo por fin que he logrado desbaratar la tramoya. Ahora, Miquita, aunque salga mañana a pedir limosna...

MICAELA.- Cuanto siento, vida mía (Abrazándola) los dolores que soportas, y que tal vez por mi causa pierdas la pensión que gozas, si pudiera resarcírtela fuera menos mi congoja.

MELITÓN.- ¡Cómo! ¿Qué no puede usted? ¡Por San Francisco de Borja que si lo vuelve a decir me meto a fraile de Ocopa! ¿Qué no puede usted?

MICAELA.- Mi amigo...

MELITÓN.- No, Miquita, esto me enoja. Y entonces, para qué diablos me sirven a mí las onzas? ¿No son de usted? Pues si gusta ¿por qué no las da o las bota?

MICAELA.- Don Melitón...

MELITÓN.- Yo estoy sordo: Escuche usted, buena moza, si acaso por lo ocurrido le quitan a usted la troncha desde aquella misma fecha la aflojo yo de mi bolsa.

MICAELA.- ¡Qué corazón!

MELITÓN .- Y sin cargos, que yo no uso pedir coimas.

CLARA.- Yo estimo infinito...

MELITÓN.- Nada, no me ande usted con algorgoras; cada mes un recorderis e irá volando la mosca. Y el recorderis lo exijo porque es frágil la memoria.

MARTINA - ¡Ah, que hombre!

MICAELA.- No es hombre, es ángel.

CLARA.- Ángel de misericordia.

MELITÓN.- Cuenta con hacerme zumba. ¡Qué ángel ni qué jerigonza! Lo que yo soy es un viejo que está ya más para la otra que para ésta, y que no sirve para maldita la cosa. En fin, ya es tarde, me marcho. Me he estado aquí dos horas.

CLARA.- Yo también me voy, Miquita.

MELITÓN.- Si es que a usted no le incomoda la iré acompañando.

CLARA.- Gracias...

MELITÓN.- Hacen, Clarita, las monas. ¿Gracias si; o gracias no?

CLARA.- No se moleste...

MELITÓN.- ¡Qué porra! Yo no podré, la verdad bailar con usted una polca, mas sostenerla en mi brazo eso si, que no es tan gorda.

CLARA.- Pues bien, lo acepto.

MELITÓN.- Agradezco. Variemos ahora la proa. Con que adiós, doña Martina. ¿Sigue el humor de camorra, o nos ponemos en paz? Vamos, abra usted la boca.

MARTINA.- ¡Ay, señor Don Melitón; ¿qué quiere usted que responda? Con gusto diera la vida porque estuvieran las cosas como estaban al principio.

MELITÓN.- ¿Cuando tratamos la boda? ¡Diantre! No crea usted en sueños, ni en cosas supersticiosas.

MARTINA.- Por favor, don Melitón; déjese usted de esas bromas, que no está la Magdalena para tafetanes, ahora. No estoy fuera de mi juicio ni tampoco soy tan tonta para creer que usted me quiera, pero hay aquí otra persona...

MELITÓN.- Entiendo, doña Martina... ¿la que me dio dimisorias?

MICAELA.- Don Melitón, por la Virgen, calle usted, que me abochorna. Mi intención no fue agraviarlo.

MELITÓN.- ¿Y quién ha dicho tal cosa?

MICAELA.- Yo seré cuanto se quiera, mas no ingrata ni traidora.

MELITÓN.- Lo sé, Miquita, lo sé, y, lo digo sin lisonja, por eso es usted a mis ojos más bella y más seductora.

MARTINA.- Luego usted la ama, ¿no es cierto? (Con viveza)

MELITÓN.- Después de Dios a ella sola, y si cuando rechazó mi proposición de boda me iba a casar con usted, exponiéndola a la mofa, era tan solo por verla cerca de mi a todas horas.

MARTINA.- Pues cásese usted.

MICAELA- ¡Mamá!...

MELITÓN.- Ya es tarde, tengo otra novia.

MARTINA.- ¿Qué es lo que oigo? ¡Santo cielo! ¡Otra novia!

MELITÓN.- Si, señora, la que conviene a mi edad.

MARTINA.- Madre mía, Santa Mónica.

CLARA.- ¿Podremos saber quién es?

MELITÓN.- ¿Y por qué no? Es la carroza. TODAS.- ¡La carroza!

MELITÓN.- ¿Qué? ¿Se asustan? Yo no debo tener otra.

CLARA.- Pero, ¿y Miquita?

MELITÓN.- ¡Jamás! Dios y la ley me lo estorban. Un padre no puede a su hija darle el titulo de esposa.

CLARA.- ¡Ella es su hija!

MELITÓN.- Lo será mañana en debida forma. La adopto por hija mía, y cuanto tengo le toca.

CLARA.- Ya de esto no hay en el mundo. (ap)

MARTINA.- De gozo el llanto me ahoga. (ap) (Sollozando)

MELITÓN.- Doña Martina, y a usted, a fin de que vista y coma, y haga el gasto a sus expensas sin que ninguno le tosa, le afianzaré una mesada hasta que le ronque la olla. Los duelos con pan son menos, y lo que no mata engorda.

MARTINA.- (ap) Yo creo que estoy sonando... Dios me ampare y me socorra.

MELITÓN.- Pero le suplico a usted que no piense más en bodas, y que cuando yo me enferme, digo, si no hay quien se oponga, me coloque los emplastos y me haga la mazamorras.

MARTINA.- Haré cuanto usted me mande.

MELITÓN.- Mi petición no es forzosa.

MARTINA.- (ap) Con gusto iría por él a pie y descalza hasta Roma.

MELITÓN.- Ya usted ve que la jubilo con los honores de esposa. Venga ahora un abrazo.

MARTINA.- Y mil. (Se abrazan)

MELITÓN.- ¡Cómo, Miquita! ¿Usted llora?

MICAELA.- Don Melitón, por piedad... (Sollozando)

MELITÓN.- ¡Hable usted!... ¿Qué le acongoja? ¿Qué es lo que quiere?

MICAELA.- Una gracia: diga usted si me la otorga.

MELITÓN.- Cuantas dependan de mí, mi amor ninguna excepciona.

MICAELA.- Déme usted a besar su mano.

MELITÓN.- ¿Mi mano?... Vaya, hija, toma. (Le da la mano con ternura después de una corta pausa)

MICAELA.- Padre mío... ¡Padre mío!

MELITÓN.- Hija... basta. Adiós, señoras. (Precipitadamente y con emoción) Pronto, el brazo. (A Clarita)

CLARA.- Buenas noches. (A Martina y Micaela) Despacio, por Dios, no corra. (A don Melitón, yéndose)

MARTINA.- Perdón, hija mía, perdón. (Corre precipitadamente abraza a Miquita con grande emoción, la que le corresponde de igual modo).

MICAELA.- Que Dios nos perdone a todos.

(Fin)

ÍNDICE

“

MICAELA.- Mamá, yo seré muy mala,
pero no es tan pervertido
mi corazón, como usted
se ha propuesto persuadirlo.
Ahora, de don Melitón
diré cual es el delito.
Haberse puesto a mi lado
como un bueno y fiel amigo,
para averiguar si es cierto
como a él y a mí nos han dicho,
que siendo el señor casado,
pretende ser mi marido.

Colección
Lima Lee

